

ATALA

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

TS-78

TS-728

Trasfiero esta del
D^{na} Luisa Martinez
de Guzmana Benate
aroyal de infanteria

Jose Pereda

011627360
117034708

peo

ope

op

opl

pl.

plto

oplo

op'

pl'

g

pl'

Deco

Deco

Deco

l

8

77690

I

COU 82 33

CHA

ATA





Bendita sea la Providencia.... Ya ha-
ce mucho tiempo que os voy buscando.

ATA LA

Ó

LOS AMORES DE DOS SALVAGES
EN EL DESIERTO.

P O R

FRANCISCO=AUGUSTO
CHATEAUBRIAND.

TRADUCCION CASTELLANA.

VALENCIA

EN LA IMPRENTA DE JOSEPH DE ORGA.

AÑO MDCCCIII.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

Se hablará en la Librería de Mallen.

ATA LA

102 ANTONIO DE... 7 GHS

BRAS... 1910

TRANS

LA... CIA

PR... 1910

CON... 1910

de... 1910

A LA S.^{RA} DOÑA R. G. T.

SU AMIGO P. G. R.

¿Cómo podría yo no dedicar á Vd., apreciable amiga, la traduccion de la *Atala*, quando ademas de ser deuda de mi amistad el hacerlo, fué uno de los motivos que me estimuláron á emprenderla, el que Vd. le-

yese en castellano esta interesante novelita? Sí interesante para todos; pero mucho mas para quien debe sentir un placer con solo el recuerdo del pais, cuyas bellezas sabe realzar tanto Chateaubriand. ¡Oxalá fuese mi copia digna del original! entonces mi obsequio no recibiria todo su valor de la amistad.

ADVERTENCIA.

En los traductores es tan disculpable como comun el hablar con entusiasmo de las bellezas, que trasladan á otra lengua: al ménos este placer debe contársele en parte del fruto de su trabajo. Yo podria tambien detenerme en hacer el elogio de la Atala, sin que se entendiese que usaba de este permiso; y aun deberia lisonjearme de encontrar muchos que participasen del entusiasmo que excita en mí su lectura.

El mérito de esta novelita es bien conocido en Francia, donde se han multiplicado rápidamente sus ediciones: siendo de extrañar que no se haya traducido ántes en España, á pesar de la aceptacion que tambien ha logrado entre nosotros. El deseo de ver en nuestra lengua una obra tan digna de la atencion de los literatos, me hizo vencer el desaliento, que al principio me retraxo de emprender su traduccion.

*

He tocado muy de cerca las dificultades que ella presenta, para lisonjearme de que no se encontrarán defectos en la que doy al público hecha en los ratos de ocio que me dexan ocupaciones mas sérias y desagradables. Ninguna obra en su clase es mas á propósito que esta, para crear expresiones poéticas, y un language parecido al del cantor de Aquiles, ó al del sublime y melancólico hijo de Fin-gal. En la Atala la expresion mas comun se halla convertida en una figura, en la boca del hombre de los desiertos; porque como han hecho notar Escritores famosos, el hombre de la naturaleza pone todas sus ideas en imágenes. Pero esto es cabalmente lo que hace mas difícil su traduccion; habiendo el traductor de caminar siempre entre dos escollos, el de ser hinchado, ó el de no expresar las bellezas y gracias del original; y viéndose precisado á buscar en el language ciertos giros nuevos, que

es forzoso dar á la expresion , para no hacer lánguida la idea del autor , ó quitarla su verdadero colorido.

No es esto disculpar los defectos de mi traduccion ; es poner á la vista sus dificultades : y aunque pudiera decir que no he tenido para corregirla escrupulosamente todo el tiempo necesario , esto no me exîmiria de la crítica , sino soy tan desgraciado , que ni aun crítica merezca. Al ménos habré tenido la buena eleccion de trasladar á nuestra lengua una novela original en su clase , y de un estilo y gracia singulares ; y acaso mi exemplo animará á otro á dar una traduccion digna de Chateaubriand.

A pesar de todo hubiera sufocado mis deseos , sino considerase , que al fin el fuego de sensibilidad que reyna en la Atala y sus descripciones nuevas y sublimes , son bellezas que nunca llegará á desfigurar una mala traduccion. En vano seria yo poco correcto , y poco sublime ; mi pluma debia copiar quadros dignos de

Rafael ó del Ticiano, y era difícil borrar enteramente sus contornos y su colorido. Bien que para mi satisfaccion, bastará que los amantes de las letras y de la naturaleza, se complazcan en la escena nueva interesante, que presenta el hombre de los desiertos, y el combate de su corazon agitado entre la religion y el amor. Estas pinturas agradarán siempre á todo hombre que tenga, ó sensibilidad ó imaginacion.

Del prólogo del autor he traducido solo lo que contemplaba preciso para dar idea de la obra, omitiendo lo que tocaba directamente á su persona. En lo demas sino he sido tan feliz como quisiera en trasladar á nuestra lengua bellezas inimitables de descripcion y de sentimiento; si en mi traduccion no se vé aquella magia, con que en boca de Chateaubriand enternece la expresion mas sencilla, y tal vez la mas comun, al ménos podré decir con la Fontaine:

*„On le peut: je l'essaye: q' un autre
le finisse.*

PREFACIO.

Por la carta precedente (1) se viene en conocimiento del motivo que hubo para publicar la Atala ántes que saliese á luz mi obra sobre el *Genio del christianismo, ó las Bellezas poéticas y morales de la religion christiana*, de que forma parte. Resta solo dar una idea del modo con que se compuso esta historia.

Muy jóven era yo aun, quando concebí la idea de hacer la epopeya del hombre de la naturaleza, ó de

(1) *La carta á que alude el autor se insertó en el publicista: se ha omitido su traduccion, por no creerla necesaria. El motivo de publicar separada esta obrita fué el evitar los perjuicios, que podia ocasionar al autor el extravío de algunas copias de ella.*

VI

pintar las costumbres de los salvages, ligándolas á algun suceso conocido. Despues del descubrimiento de la América, no encontré asunto mas interesante, en especial para los franceses, que la mortandad de la colonia de los Natches en la Luisiana, el año 1727. Me pareció, que todas las tribus indianas, conspirando por espacio de dos siglos de oposicion, para restituir la libertad al Nuevo-mundo, ofrecian al pincel un asunto quasi tan feliz como la conquista de México. Delineé sobre el papel algunos fragmentos de esta obra: pero desde luego eché de ver, que carecia de los verdaderos colores; y que para hacer un retrato parecido, era forzoso visitar los pueblos que queria pintar, siguiendo el exemplo de Homero.

En 1789 comuniqué á M. Malsherbes el proyecto que habia formado de pasar á América. Pero deseando dar al mismo tiempo á mi viage un ob-

jeto útil, pensé en descubrir por tierra el paso tan buscado, sobre que Cook nos habia dexado tantas dudas. Empeñé pues mi marcha, recorrí las soledades americanas, y volví con planes para otro viage, que debia durar 9 años. Me proponia atravesar todo el continente de la América septentrional, subir en seguida por lo largo de sus costas hácia el norte de la California, y volver por la bahía de Udson, rodeando por debaxo del polo. M. Malsherbes se encargó de presentar mis planes al Gobierno, y entónces fué quando leyó los primeros fragmentos de la obrita que doy al público.

De todos mis manuscritos sobre la América solo he salvado algunos fragmentos; en especial la Atala, que no era mas que un episodio de los Natches. La Atala se ha escrito en el desierto, debaxo de las chozas de los mismos salvages. No sé si el público

gustará de esta historia que sale de todos los rumbos trillados, y presenta una naturaleza, y unas costumbres enteramente nuevas para Europa. En la Atala no hay aventuras: es una especie de poema (1), medio descriptivo, medio drámico: todo consiste en la pintura de dos amantes, que caminan y conversan juntos en la soledad: todo gira sobre la pintura de los sobresaltos del amor, en medio de la cal-

(1) *En un tiempo en que todo se halla pervertido en la literatura, me veo precisado á advertir, que si empleo aquí la voz poema, es por ignorar como explicarme de otro modo. No soy de esos bárbaros que confunden la prosa y el verso. El poeta, por mas que digan, es el hombre por excelencia: y volúmenes enteros de prosa descriptiva no equivalen á 50 hermosos versos de Homero, Virgilio ó Racine,*

ma de los desiertos, y del sosiego de la religion. He dado á mi obra las formas mas antiguas, dividiéndola en *prólogo, narracion y epílogo*. Las principales partes de la narracion toman su denominacion diferente, como *los cazadores, los labradores, &c.* de este modo, en los primeros siglos de la Grecia, cantaban los Rapshodas baxo de diferentes títulos, los fragmentos de la Odisea y la Iliada. No negaré que fuera de la parte descriptiva, he buscado la mayor sencillez en el fondo y en el estilo; bien es verdad, que aun en la descripcion hay un modo de ser juntamente pomposo y sencillo. Decir que lo he intentado, no es decir que lo haya conseguido. Hace mucho tiempo, que solo leo la Biblia y el Homero; dichoso yo si lo demuestro, y si en las tintas del desierto, y en los sentimientos propios de mi corazon, he llegado á vaciar los colores de estos dos grandes

y eternos modelos, de lo bello y lo verdadero.

Añadiré, que no ha sido mi objeto arrancar muchas lágrimas: me parece un error peligroso el sentado entre otros por Voltaire, que las obras buenas son las que mas hacen llorar. Drama hay de que nadie quisiera ser el autor, y que destroza el corazon mucho mas que la Eneida. El ser grande escritor no consiste en poner el alma en tortura. Las verdaderas lágrimas son aquellas, que hace verter una hermosa poesía: y es preciso que en ella entre igual parte de admiracion que de dolor.

Así Príamo dice á Aquiles:

Ἄνδρὸς παιδοφόνου ποτὶ στόμα
χειρ ὀρέγεσθαι.

Juzga el exceso de mi desgracia,
quando beso la mano que ha dado
muerte á mis hijos.

Así Joseph exclama:

Ego sum Ioseph frater vester,

quem vendidistis in AEgyptum.

Yo soy Joseph vuestro hermano, á quien vendisteis para Egipto.

Estas son las únicas lágrimas, que deben bañar las cuerdas de la lira, y hacer mas tiernos sus acentos. Las Musas son mugeres celestes, que no desfiguran sus facciones con gestos ridículos. Si lloran, es con la intencion secreta de embellecerse.

Por lo demas, no soy como Rousseau, un entusiasta de los salvages: y aunque acaso tengo para quejarme de la sociedad iguales motivös á los que tenia este filósofo para lisonjearse de ello, no creo que la pura naturaleza sea la cosa mas hermosa del mundo. Por todas partes donde he tenido proporcion de contemplarla, la he encontrado muy deforme. Bien léjos de creer que el hombre que piensa es un *animal depravado*, creo que el pensar es lo que constituye al hombre. Todo se ha perdido con esta palabra *natura*

leza. Pintémosla , pero sea en bello: el arte no debe emplearse en imitar monstruos.

No hablaré aquí de la moralidad que he querido dar en la Atala , siendo fácil el conocerla , y estando resumida en el epílogo ; pero diré algo sobre mis personajes.

La Atala , como el Philoctetes , no tiene mas que tres personas. Acaso la muger que he querido pintar , presentará un carácter bastante nuevo. Las contradicciones del corazon humano no se han desenvuelto suficientemente ; y merecen serlo tanto mas , quanto dependen de la antigua tradicion de una degradacion original : y consiguientemente descubren ideas profundas , sobre lo que hay de grande y misterioso en el hombre , y en su historia.

Chactas , el amante de Atala , es un salvage que se supone nacido con talento , y que está mas que á medio civilizar ; pues no solamente sabe las

lenguas vivas , sino aun las muertas de Europa. Debe pues producirse con un estilo medio conveniente á la línea , sobre que camina entre la sociedad y la naturaleza. Esto me ha proporcionado grandes ventajas , haciéndole hablar como salvaje en la pintura de las costumbres , y como Europeo en el drama y en la narracion. Sin este recurso era preciso renunciar á la obra : si siempre hubiese empleado el estilo indiano , la Atala seria hebreo para el lector.

En quanto al misionero ::: he procurado pintar al sacerdote , tal qual exište.

Si despues de todo se exâmina lo que he reunido en tan pequeño quadro ; si se considera que no hay circunstancia interesante en las costumbres de los salvages , que no haya indicado ; bello efecto de la naturaleza, sitio hermoso de la Nueva-Francia , que no haya descrito : si se repara que al

lado del pueblo cazador he colocado un quadro completo del pueblo labrador, para manifestar las ventajas de la vida social sobre la vida salvaje; si se atiende á las dificultades que se me han presentado para sostener el interes dramático entre dos personas, durante una larga pintura de costumbres, y numerosas descripciones de paises; si se observa en fin, que en la catástrofe misma me he privado de todo socorro, procurando sostenerme, como los antiguos, únicamente por la fuerza del diálogo; estas consideraciones me harán acaso acreedor á alguna indulgencia de parte del lector. Repito que no me lisonjeo de haber conseguido un éxito feliz; pero siempre se debe agradecer á un escritor, el que haga sus esfuerzos para volver á la literatura, este gusto antiguo que tanto se ha olvidado en nuestros dias.

Por último diré, que si el Gobierno frances, por un designio de la mas

sublime política , pensase un día en reivindicar el Canadá de la Inglaterra, mi descripción de la Nueva-Francia recibiría un nuevo interes. El asunto de la Atala no es todo de invencion mia: es cierto que hubo un salvage en las galeras y en la corte de Luis XIV: es cierto que un Misionero frances ha hecho lo que he contado ; y es cierto que he encontrado salvages cargados con los huesos de sus abuelos , y una madre jóven colocando el cuerpo de su hijo sobre las ramas de un árbol. Algunas otras circunstancias son tambien verdaderas ; pero como no inspiran un interes general , me creo exonerado de hablar de ellas.

-solime política, pensase un día en rei-
 vindicar el Corral de la Justicia, mi-
 descripción de la Nueva-Francia real-
 diera un nuevo interés. El punto de
 la América no es todo de invención mia:
 es cierto que hubo un saqueo en las
 galias y en la corte de Luis XIV:
 es cierto que un religioso francés ha
 hecho lo que he contado; y es cer-
 to que he encontrado algunas cosas
 dos con los huesos de sus abuelos, y
 una madre joven colocando el cuerpo
 de su hijo sobre las ramas de un ár-
 bol. Algunas otras circunstancias son
 también verídicas; pero con o no ins-
 taura un interés general, me creo ex-
 necido de hablar de ellas.

ATA LA,

Ó

LOS AMORES DE DOS SALVAGES

EN EL DESIERTO.

PROLOGO.

En otro tiempo poseyó la Francia en la América Septentrional un vasto imperio, que se extendia desde el Labrador hasta las Floridas: y desde las playas del Atlántico, hasta los mas apartados lagos del alto Canadá.

Estas inmensas regiones estaban divididas por quatro rios caudalosos, que nacia en las mismas montañas; el rio San Lorenzo, que desagua hácia el Este en el golfo de su nombre; el de el Oeste, que lleva sus aguas á mares desconocidos; el rio Borbon, que cor-

ATALA.

re de Mediodía á Norte, y el Meschacebé (1), que baxando de Norte á Mediodía se pierde en el golfo Mexicano.

Este último en el espacio de mas de mil leguas fertiliza una deliciosa comarca, que los habitantes de los Estados unidos llaman el nuevo Edén, y á la que han conservado los Franceses el dulce nombre de Luisiana. Otros muchos rios tributarios del Meschacebé, el Missouri, el Illinés, el Akanza, el Ohío, el Wabacha, el Tenaso lo benefician con su cieno, y lo fecundan con sus aguas.

Quando todos han crecido con las Huvias del invierno, quando las tempestades han asolado pedazos enteros de bosques; el tiempo reúne sobre los manantiales árboles arrancados, los tra-
ba con lianas, los consolida con lodo, planta encima algunos arbolitos, y ar-

(1) *Nombre propio del Missisipi ó Meschassipi.*

roja su fábrica á las aguas. Impelidas estas balsas por las espumosas ondas, baxan de todas partes al Meschacebé, que las arroja hácia su embocadura, para formar allí un nuevo brazo. Atravesando por debaxo de los montes, de trecho en trecho, levanta su estrepitosa voz, y extiende las aguas, de que rebosa al rededor de colunatas de bosques, y pirámides de sepulcros indianos; haciéndose el nilo de los desiertos. Pero en las escenas de naturaleza la gracia siempre camina unida á la magnificencia: y mientras la corriente del centro lleva tras sí al mar cadáveres de pinos y encinas; sobre las dos corrientes de los lados se ven nadar á lo largo de la ribera Islas flotantes de alfónsigo, y de ninfea, cuyas rosas amarillas se levantan á manera de mariposas. En estas naves de flores se embarcan de pasajeros serpientes verdes, garzas azules, flamencos de color de rosa, y cocodrilos pequeño; y des-

plegando al viento sus velas de oro, la colonia llega dormida á desembarcar en algun remanso retirado.

Con el curso de las aguas va presentándose el quadro mas extraordinario, desde la embocadura del Meschacebé hasta su union con el Ohío. Por la ribera occidental se descubren sávanas (1), cuyo término no alcanza la vista: sus olas de verdura, al apartarse parece que quieren subir al azul del Cielo donde se desvanecen. En estas praderas sin límites, se vén pastando á la ventura manadas de tres ó quatro mil búfalos monteses. Alguna vez un bisonte agoviado de años atraviesa á nado la corriente, y va á recostarse entre la crecida yerba de una Isla del Meschacebé. Al ver su frente corona-

(1) *Este nombre se da en las colonias francesas de la América, á los terrenos incultos donde pacen los animales.*

da de dos medias lunas , al ver su barba provecta y encenegada , creeriais que se os presentaba la deidad bramadora del rio , mirando con vista satisfecha la magnificencia de sus ondas , y la silvestre abundancia de sus riberas.

Tal es la escena que se presenta á la orilla occidental ; la del lado opuesto cambiando de improviso , forma un admirable contraste. Arboles de todas formas , de todos colores y perfumes se mezclan , y creciendo juntos suben á una elevacion que fatiga la vista , ya suspendidos sobre la corriente de las aguas , ya agrupados sobre los peñascos , ó ya dispersos en los anchurosos valles. La vid silvestre , la bignonia , y coloquintida entretexidas al pie de estos árboles , trepan hasta la punta de sus ramas , pasan del arce al tulipan , del tulipan al alcea , formando mil grutas , mil bóvedas , y otros tantos pórticos. Muchas veces estas lianas perdidas de un árbol á otro , atraviesan los

brazos del río, formando sobre ellos puente, y arcos de flores. Del seno de estas masas embalsamadas la altiva magnolia levanta su cono inmóvil, que coronado de blancas rosas señorea todo el bosque, sin reconocer otro rival que la palmera, cuyos verdes abanicos se mecen suavemente á su lado.

Una multitud de animales colocados por el Criador en este hermoso retiro, difunde en él la vida y el encanto. Desde el extremo de las calles de árboles se vén los osos, que embriagados con la uva andan cayendo sobre los olmos: los carribús se bañan á manadas en un lago: las negras ardillas juguetean entre la espesura de las hojas: páxaros burlones, palomas de Virginia del tamaño de un gorrion, se baxan á los céspedes sembrados de fresas: papagayos verdes de cabeza amarilla, picosverdes encarnados, cardenales de color de fuego trepan dando vueltas hasta lo alto de los cipre-

ses; los colibres centellean sobre el jazmin de las Floridas, y las serpientes silvan suspendidas en las cimas de los árboles, meciéndose como lianas.

Si en las sávanas de la ribera o puesta todo es silencio y reposo, en esta por el contrario, todo es movimiento y ruido. Los desiertos se llenan de la silvestre armonía, que forman los picazos de las aves en el tronco de las ençinas; los animales que corren, y machacan entre sus dientes los huesos de las frutas; el susurro de las aguas, los hondos gemidos, y los suaves arrullos. Pero quando un vien-tecillo anima estas soledades, mece todos estos cuerpos flotantes, confunde todas estas masas de blanco, azul, verde y rosa, mezcla todos estos colores, y reúne todo este estrépito: entónces sale del centro de estos bosques tal ruido, se presentan á la vista tales escenas, que en vano seria quererlas describir, para quien no ha recorrido es-

tos campos primitivos de la naturaleza.

Despues del descubrimiento del Meschacebé por el P. Hennepin y el desgraciado La Salle , los Franceses , que primero fixáron su domicilio en Biloxi y Nueva-Orleans , hicieron alianza con los Natches nacion indiana , cuyo poder era temible en estas regiones. Injusticias particulares , la venganza , el amor , y todas las pasiones regáron de sangre en adelante la morada de la hospitalidad. Entre los Salvages habia uno llamado Chactas (1) , que por su edad , sabiduría y ciencia en las cosas de la vida , era el amor y el Patriarca de los desiertos. Como todos los hombres , habia comprado la virtud á precio del infortunio. Sus desdichas no solo llenáron aquellos bosques , sino que cundieron hasta las playas de la Francia. Detenido en las galeras de Marsella por una injusticia cruel , recobrada la li-

(1) *La voz armoniosa.*

bertad, y presentado en la Corte de Luis XIV habia tratado con todos los grandes hombres de aquel famoso siglo, asistido á las tragedias de Racine y á los discursos de Bosuet: en una palabra, allí fué donde contempló la sociedad, en su mas alto grado de esplendor.

Vuelto al seno de su patria despues de muchos años, Chactas vivia tranquilo. Sin embargo el Cielo le vendia caro este favor, pues habia perdido la vista. Una hija jóven le acompañaba en la soledad, así como Antígone guiaba los pasos de Edipo en el Cyteron, ó como Malvina conducia á Ossian al sepulcro de sus padres.

Chactas estimaba á los Franceses, á pesar de las muchas injusticias que le habian hecho. Acordándose constantemente de Fenelon, de quien habia sido huésped, deseaba servir en algo á los Compatriotas de este hombre virtuoso, y se le presentó una ocasión

favorable. Impelido de sus pasiones y desgracias, un Frances llamado René arribó á la Luisiana en 1725, subió el Meschacebé hasta el Natchez, y pidió que le admitiesen por Soldado de esta nacion. Chactas habiéndole interrogado, y viéndole firme en su resolucion, le adopta por hijo, y le da por esposa una India llamada Celuta. Poco despues de este casamiento, se disponen los Indios para la gran cacería del Castor.

Chactas, aunque ciego, es elegido por el Consejo de los Sachers (1) para mandar la expedicion, por el respeto que los Pueblos de los bosques tributan á su nombre. Los Agoreros interpretan los sueños; se consulta á los Manitús; se ofrecen sacrificios de pe-tum; se queman trozos de lengua de danta; se examina si chispean en el fuego, á fin de explorar la voluntad

(1) *Ancianos, ó Consejeros.*

de los Genios ; y se emprende en fin la marcha , despues de haber comido el perro sagrado. René es tambien de la comitiva ; ayudadas de las opuestas corrientes , las piraguas suben por el Meschacebé , y ganan el cauce del Ohío. La estacion era la del Otoño. Los magníficos desiertos de Kentuki , se desplagan á la vista del jóven Frances , que una noche al resplandor de la luna quando todos reposan en sus piraguas , y la flota indiana impelida de un ligero viento va prosiguiendo su camino , queda despierto con Chaçtas , y le ruega que le refiera sus aventuras.

El anciano consiente en darle gusto , y sentados los dos sobre la popa de la piragua , al ruido del agua y en medio de la soledad , habla de esta manera:

NARRACION.

LOS CAZADORES.

Destino singular es, hijo mio, el que nos reúne en el desierto. Yo veo en ti el hombre civilizado, que se ha hecho salvaje; y tú ves en mí el hombre de las selvas, á quien el Gran Espíritu ha querido civilizar, sin duda por sus designios. Habiendo entrado en la carrera de la vida, por rumbos opuestos, tú has venido á descansar en el lugar mio, y yo fuí á ocupar el tuyo; de modo que necesariamente hemos debido tener sobre este punso, miras del todo contrarias. ¿Y quién de nosotros es el que ha ganado, ó perdido en mudar de posicion? Este conocimiento está reservado á los Genios, de los quales el que ménos sabe, excede en sabiduría á todos los hombres juntos.

A la próxima luna de flores (1) se habrá visto la tierra cubierta de nieve 73 veces (2), desde que mi madre me dió á luz en las riberas del Meschacbé. Los Españoles acababan de establecerse en la bahía de Panzacola, pero aun no habitaba en la Luisiana blanco alguno. Apenas hube visto caer las hojas de los árboles 17 veces, quando en compañía de mi padre el guerrero Outalissi, emprendí la marcha contra los Muscogulgos, nacion poderosa de las Floridas. Reunímonos á nuestros aliados los Españoles, y se trabó el combate sobre uno de los brazos del Mobila. Areskouï (3) y los Manitús no nos fuéron propicios; triunfaron los enemigos; mi padre perdió la vida en la accion, y yo recibí dos heridas defendiéndole. ¡Que no hubiese baxado

(1) *El mes de Mayo.*

(2) *Una nieve por año.*

(3) *Dios de la guerra.*

yo tambien al pais de las almas (1) , para evitar así las desgracias que me aguardaban sobre la tierra ! Mas los Genios lo ordenaron de otro modo , y el tropel de los fugitivos me arrastró á San Agustin.

En esta Ciudad. recién fabricada por Españoles , estaba expuesto al riesgo de ser conducido á las minas de México; quando un anciano de aquella nacion llamado Lopez , movido de mi juventud y sencillez me ofreció un asilo, y me presentó á su hermana , con quien vivia , sin esposa.

En ambos se despertaron hácia mí los mas tiernos sentimientos: educáronme con el mayor esmero , y me dieron Maestros de todas clases. Pero habiendo pasado treinta lunas en San Agustin, de improvviso me sentí fastidiado de la vida social. Visiblemente me aniquilaba ; y unas veces inmóvil ho-

(1) *Los Infernos.*

ras enteras, estaba contemplando la cima de los lejanos bosques; otras, me encontraban sentado cerca del agua, que veia correr tristemente. Representábame las selvas, por cuyo centro habian discurrido estas aguas, y mi alma se entregaba del todo á la soledad. Sin poder resistir al deseo de volver al desierto, una mañana me presenté á Lopez vestido de salvaje, el arco y las flechas en la una mano, y los vestidos europeos en la otra. Devolvílos á mi generoso protector, á cuyos pies me arrojé derramando un torrente de lágrimas. Me dí á mí mismo los nombres mas odiosos, y me acusé de ingrato; pero al fin le dixe: „Tú mismo lo estás viendo, padre mio, yo moriré si no vuelvo á la vida errante de Indio.” Admirado Lopez quiso apartarme de tal resolucion, representando los riesgos que me cercarian, exponiéndome de nuevo á caer en manos de los Muscogulgos. Mas viéndo-

me resuelto á arrostrarlo todo , anegado tambien en lágrimas , y estrechándome entre sus brazos : „Ve , exclamó , hijo magnánimo de la naturaleza , recobra esa preciosa independencia , de que Lopez no quiere despojarte. Yo mismo si fuese mas joven , te acompañaria al desierto (donde tambien existen para mí dulces recuerdos) , y te volveria á los brazos de tu madre. Quando estés en los bosques , acuérdate de este anciano Español , que te ha dado hospitalidad ; y para inclinarte al amor de tus semejantes , jamas olvides que el primer ensayo que has hecho del corazon humano , ha sido todo en su favor.” Concluyó Lopez con una oracion al Dios de los Christianos , cuya religion habia yo rehusado abrazar ; y nos despedimos entre suspiros.

No tardé en ser castigado de mi ingratitud. Mi poca experiencia me extravió en el bosque , y fuí preso por

una partida de Muscogulgos, segun Lopez me habia predicho. Por el trage y plumas de mi cabeza conocieron que era Natche, y me encadenaron, aunque sin rigor, á causa de mi juventud. Simaghan, Xefe de aquellas tropas, quiso saber mi nombre, y respondí: „Me llamo Chactas hijo de Outalissi, hijo de Miscou, los quales han quitado mas de cien cabelleras á los héroes Muscogulgos.” Simaghan me dixo: „Alégrate, hijo de Outalissi, hijo de Miscou, tú serás quemado en el gran pueblo.” Está bien, repliqué, y entoné mi cancion de muerte.

Durante los primeros dias, á pesar de ser prisionero, no pude ménos de admirar á mis enemigos. El Muscogulgo, ó mas bien el Siminol su aliado, respira la alegría, el amor, el contento: su andar es desembarazado, su trato franco y sincero. Habla mucho y con soltura, su language es armonioso y fácil. La edad misma no puede

quitar á los ancianos su alegre sencillez, y como las antiguas aves del desierto, mezclan los cantares de su juventud, á las arias nuevas de sus nietos.

Las mugeres que seguian las tropas, manifestaban hácia mi juventud una tierna compasion, y una amable curiosidad. Me hacian preguntas relativas á mi madre, y á los primeros dias de mi vida; querian saber si mi cuna de musco se colgaba en las floridas ramas de los arces, y si el viento la mecia, junto al nido de los paxarillos. Otras veces, deseosas de inquirir el estado de mi corazon, me preguntaban si por ventura habia visto en sueños una cierva blanca, y si los árboles del bosque secreto, me habian aconsejado que amase. Yo respondia con ingenuidad á las doncellas, y á las que eran ya esposas, diciéndolas: „Vosotras sois „las gracias del dia, y la noche os „ama como al rocío. El hombre sale „de vuestro seno para chupar vuestro

„pecho, y acercarse á vuestra boca:
„teneis expresiones mágicas, que ador-
„mecen toda especie de dolores. ¡Esto
„me dixo la que me dió á luz, y la
„que jamas volverá á verme! Tambien
„decia; que las vírgenes eran flores
„misteriosas, que se encuentran en pa-
„rajes solitarios.” Estos elogios agra-
daban no poco á las mugeres, que me
colmaban de dones, me traian crema
de nueces, azúcar de arce, sagami-
té (1), jamones de oso, pieles de cas-
tores, conchas para adornarme, y mus-
co para mi lecho. Cantaban y reian
conmigo, y se ponian á llorar, al a-
cordarse que habia de ser quemado.

Una noche sentado junto á la hogue-
ra, con el Soldado que me guardaba,
siento de repente el ruido de una ves-
tidura sobre la yerba, y una muger
medio cubierta de un velo se sienta á
mi lado. Sus ojos estaban agitados del

(1) *Especie de pasta.*

llanto, y en su pecho brillaba al resplandor del fuego un Crucifixo de oro. Era perfectamente hermosa, y en su rostro se veia un no sé qué virtuoso é interesante, que encerraba un atractivo irresistible. A esto añadia gracias aun mas tiernas; en sus miradas respiraba una extrema sensibilidad unida á una profunda melancolía, y su sonrisa era celestial.

Túvela por la *vírgen de los postreros amores*, esa doncella que envian al prisionero de guerra para encantar su tumba. Baxo de este concepto le dixé con voz balbuciente, y una turbacion que no nacia del temor á la hoguera: „Vos, „vírgen, sois digna de los primeros a- „mores, no, no estais criada para los „postreros. Los latidos de un corazon, „que dentro de poco ya no respirará, mal „corresponderian á los movimientos del „vuestro. ¿Y cómo ha de mezclarse la „muerte con la vida? Vos hariais que „me pesase demasiado de perder la exít-

„tencia. Sea otro mas dichoso, y pro-
„longados abrazos estrechen la liana y
„la encina.

Entónces me dixo ella : „No soy
„la vírgen de los postreros amores: ¿E-
„res tú christiano?” Le respondí, que
no habia abandonado los Genios de mi
cabaña. A estas palabras hizo un mo-
vimiento involuntario, diciendo : „Com-
„padezco que seas un perverso idóla-
„tra: mi madre me hizo christiana; me
„llamo Atala, hija de Simaghan el de
„los braceletes de oro, Xefe de es-
„tas tropas, que vuelven á Apalachu-
„cla, donde tú has de ser quemado.”
Al pronunciar estas palabras, Atala se
levanta y parte.

Aquí Chactas se vió precisado á in-
terrumpir su narracion, pues acumulán-
dose sobre su alma mil recuerdos, sa-
liéron de sus cerrados ojos dos fuentes
de lágrimas, que caian por sus marchi-
tas mexillas, á la manera que dos ma-
nantiales ocultos en la profunda noche

de la tierra, se descubren por las aguas que van filtrando entre las rocas.

„Hijo mio, sigue diciendo, en fin: Ya ves que Chactas es muy poco sabio á pesar de su reputacion. ¡Ay mi querido hijo! los hombres aun quando no pueden ver, pueden todavía llorar. Pasáronse muchos dias, y la hija del Sachem venia todas las noches á hablarme junto á la hoguera. El sueño habia huido de mis ojos, y Atala estaba en mi corazon tan grabada, como el recuerdo del lecho de mis padres.”

„Al décimo séptimo dia de marcha, hácia el tiempo en que sale de las aguas la mosca pasagera, pisamos la gran Sávana Alachua, cerca de collados, que huyendo unos de otros, y elevándose hasta las nubes, están cubiertos de bosques frondosos, de graderías de copaybas, limones, magnolias y verdes encinas. El Xefe dió el grito de llegada, y las tropas campáron al pie de las colinas. A mí me retiráron á alguna dis-

tancia , junto á uno de los *pozos naturales* , tan famosos en las Floridas. Atado al pie de un árbol , un Soldado velaba siempre impaciente en mi guarda. Apénas estaba algunos instantes en este sitio , quando Atala apareció sobre los estoraques de la fuente. „Ca-
„zador , dixo al héroe Muscogulgo , si
„quieres perseguir los machos monteses,
„yo quedaré guardando al prisionero.” El Soldado salta de gozo , á esta expresion de la hija de su Xefe , y arrojándose de la colina , se adelanta hácia la llanura.”

„¡O extraña condicion del corazon humano ! Yo que deseaba decir los secretos del misterio á la que ya amaba como al Sol ; ahora turbado y confuso , quasi preferiria ser arrojado á los cocodrilos de la fuente , al verme solo de esta manera con Atala. La guarda del hombre del desierto estaba tan turbada , como el prisionero : el silencio sellaba nuestros labtos , porque los Ge-

nios del amor nos habian dexado sin palabras. Al fin haciendo un esfuerzo, la hija del belicoso Simaghan habló así: „Soldado, tú estás débilmente aprisionado, con facilidad puedes lograr tu fuga.” Estas palabras volviéron la fuerza á mi lengua, y respondí: ¡Muger, débilmente aprisionado! ::: no supe como acabar. Atala dudosa algunos momentos dixo: „Sálvate:” y me desató del tronco del árbol. Yo recogí la cuerda, y la puse en las manos de la extran-gera, obligándola á que sus hermosos dedos estrechasen mi cadena. „Tomad-„la, exclamé, tomadla. „Eres un in-„sensato, dixo Atala, con una voz de „conmocion; ¿no sabes que han de que-„marte, desdichado? ¿Qué es lo que „intentas? ¿No reflexionas que soy la „hija de un terrible Sachem? „Hubo un „tiempo, repliqué llorando, en que „tambien mi madre me llevaba sobre „sus espaldas, en una piel de castor. „Mi padre poseia tambien una hermo-

„sa choza , y sus machos monteses be-
„bian el agua de mil arroyos : mas
„ahora errante , no tengo patria. Quan-
„do ya no exísta , no habrá siquie-
„ra un amigo que coloque sobre mi
„cuerpo un poco de yerba , para li-
„bertarlo de los insectos ; el cadáver de
„un extranjero desgraciado á nadie in-
„teresa.”

Estas palabras enternecieron á Atala,
y sus lágrimas baxaron á unirse con el
agua de la fuente. „¡Ah , añadí con
„energía , si vuestro corazon hablase co-
„mo el mio ! ¿El desierto no es libre ?
„¿En su verdense adorno no tienen los
„bosques sitios á propósito para ocul-
„tarnos ? ¿Tanto se necesita , para que
„sean dichosos los hijos de las caba-
„ñas ? ¡Oh muger mas hermosa que el
„primer sueño del esposo ! quefida
„mia , determínate á seguir mis pasos
„en la soledad.” Estas fuéron mis pa-
labras á que Atala respondió con voz
tierna : „Mi jóven amigo , tú has a-

„prendido el language de los blancos,
 „¡y es tan fácil engañar á una India!
 „¡Qué, exclamé, me llamas tú jóven
 „amigo!” ¡Ah! si un pobre esclavo:::
 Bien, dixo inclinándose hácia mí, un
 pobre esclavo::: Díxele con vehemen-
 cia, dame una sola muestra de tu fe.
 Atala escuchó mi súplica: y como un
 cervatillo parece estar pendiente de las
 flores de lianas rosas, que ha asido con
 su delicada lengua en lo escarpado del
 monte:::

¡Ay, hijo, la dicha no dista mu-
 cho del infortunio! ¿Quién podría creer
 que el momento, en que Atala me da-
 ba la primer prenda de su amor, fue-
 ra el mismo, que eligiese para hundir
 el puñal en mi pecho? ¡Blancos cabe-
 llos del anciano Chactas, qué fué vues-
 tro asombro, al oír pronunciar estas
 palabras á la hija del desierto! „Her-
 „moso prisionero, yo he cedido loca-
 „mente á tu deseo: ¿pero adónde nos
 „conducirá esta pasion naciente? Mi

„religion me separa para siempre de
„ti. ¿Madre mia, qué hiciste?” Atala
calló de repente, y contuvo no sé qué
fatal secreto, que iba á salir de su bo-
ca. Sus palabras me sumergiéron en una
desesperacion tanto mas profunda, quan-
to habia sido mas viva mi esperanza.
„Está bien, exclamé: he de igualaros
„en crueldad, no espereis que huya:
„vuestros ojos me verán en el recin-
„to del fuego, vuestro oido escuchará
„el rechinar de mis miembros, y vues-
„tro corazon se llenará de alegría.” A-
tala estrecha mis manos con las suyas.
exclamando: „¡Pobre idólatra, ver-
„daderamente me causas compasion!
„¿Quieres que lllore todo mi corazon?
„¡Qué lástima no poder huir contigo!
„El seno de tu madre, Atala, ha si-
„do desgraciado: ¿por qué no te ar-
„rojas al cocodrilo de esa fuente?”

En aquel momento empezaban á
escucharse los rugidos de los coco-
drilos, al ponerse el sol, y Atala me

dixo: „Dexemos esta negra gruta.” Y yo conduxe á la hija de Simaghan al pie de los collados, que formaban golfos de verdura, adelantando sus promontorios hácia la sávana. En el desierto todo reposaba, magnífico, melancólico y solitario. La cigüeña gritaba desde su nido, los bosques sonaban con el canto monotonó de las codornices, el silvido de los papagayos, el bramido de los bisontes, y el relincho de las yeguas siminoles.

Nuestro paseo fué silencioso: Atala caminaba á mi lado teniendo asida la punta de la cuerda, que le obligué á tomar. Alguna vez nuestros ojos derramaban lágrimas; ya buscábamos una sonrisa, ya una mirada, que al instante se fixaba en el Cielo, ó se clavaba en la tierra. Un oído atento al canto de los paxarillos, un ademán hácia el occidente, una mano estrechada con ternura, un pecho ya palpitante, ya tranquilo; los nombres de

Chactas y Atala dulcemente repetidos por intervalos ::: ¡Oh primer paseo del amor dado con Atala en el desierto! ¡Muy poderoso debe ser tu recuerdo, quando despues de tantos años de infortunio, conmueves todavía el corazón del anciano Chactas!

¡Quán incomprehensible es un corazón agitado por las pasiones! Por volver á ser libre acababa de abandonar al generoso López, y de exponerme á riesgos sin límite: las miradas de una muger trastornan en un instante mis inclinaciones, mis propósitos y mis ideas olvidando á mi país, mi madre, mi cabaña, y aun la horrible muerte que me aguardaba, me sentia indiferente por todo lo que no fuese Atala. Sin valor para elevarme á la razon de hombre, habia caido repentinamente en una especie de infancia; y léjos de hacer por mí mismo cosa alguna, quasi necesitaba que cuidasen de mi descanso, y de mi alimento.

Después de recorrer la sávana, arrojándose Atala á mis pies, me suplicó de nuevo, que huyese; pero fué en vano; pues le protesté, que yo mismo me volveria al campo, si rehusaba atarme otra vez al pie del árbol. Así se vió precisada á ceder á mi ruego, esperando convencerme en otra ocasion.

Al dia siguiente á este, que decidió el destino de mi vida, las tropas hicieron alto en un valle poco distante de Escowilla, capital de los Siminoles, Indios que unidos á los Muscogulgos, forman con ellos la confederacion de los Creeks. A la media noche, vino á buscarme la hija del pais de las palmas, y me conduxo á un bosque de pinos, donde renovó sus ruegos para obligarme á que huyese. Sin responder una palabra, estrecho su mano con la mia, y obligo á esta cervatilla conmovida á recorrer conmigo todo el bosque. La noche era deliciosa: el Genio de los vientos sacudia sus azules ca-

bellos embalsamados en la fragancia de los pinos, y se respiraba el suave olor del ámbar, que exhalaban los cocodrilos acostados baxo los tamarindos de los rios. La luna brillaba en medio de un campo azul sin mancha, y su luz gris-perla flotaba sobre la incierta cima de los bosques: no se escuchaba otro ruido, que una lejana armonía que reynaba en lo profundo del bosque; podia decirse que el alma de la soledad sollozaba en toda la extension del desierto.

Por entre los árboles vemos un jóven, que con una antorcha en la mano parecia al Genio de la primavera, recorriendo los bosques para reanimar la naturaleza. Era un amante que iba á saber su suerte á la cabaña de su querida. Si la doncella apagaba la antorcha, era señal de aceptar el esposo: si se cubria sin apagarla, desechara los deseos ofrecidos. El Soldado deslizándose por entre las sombras, cantaba así á media voz:

„Al rayar el dia ya estaré yo
 „en la cima del monte , para sorpre-
 „hender á mi paloma solitaria sobre
 „las ramas del bosque.

„He prendido á su garganta un
 „collar de porcelana (1), que tiene en-
 „sartados tres granos roxos para mi
 „amor , tres morados para mis temo-
 „res , y tres azules para mis espe-
 „ranzas.

„Mila tiene los ojos de un ar-
 „minio , y la cabellera de un campo
 „de arroz ; su boca es una concha
 „de rosa guarnecida de perlas ; sus
 „dos pechos como dos cabritillos sin
 „mancha , nacidos en un dia de una
 „misma madre.

„Oxalá apague Mila esta antor-
 „cha , y su boca derrame sobre ella

(1) *Especie de concha.*

„una sombra deliciosa : yo fecundaré
 „su seno : de su materno pecho pen-
 „derá la esperanza de la patria, y so-
 „bre la cuna de mi hijo fumaré en mi
 „calumet (1) de paz.

„Al rayar del dia ya estaré yo en
 „la cima del monte, para sorprehen-
 „der á mi paloma solitaria sobre las
 „ramas del bosque.

Así cantaba el jóven, cuyos acen-
 tos penetraron de turbacion mi alma,
 y alteraron el rostro de Atala ; pero
 de esta escena nos distraxo otra no
 ménos peligrosa para nosotros. Pasába-
 mos junto al sepulcro de un niño, que
 en la soledad servia de límite á dos na-
 ciones, y estaba colocado segun cos-
 tumbre á la orilla del camino público,
 para que las jóvenes al ir á la fuente,
 pudiesen atraer á su seno el alma de la

(1) *Especie de pipa.*

inocente criatura , para devolverla á su patria. En aquel momento se veian allí nuevas esposas , que anhelando las dulzuras de la maternidad , y entreabriendo sus labios , querian recoger el alma del niño , que se figuraban ver vagar por entre las flores. Todas hicieron lugar á la verdadera madre , que dexando sobre el sepulcro un hacecito de maiz y blancos lirios , regó el suelo con su leche ; y sentándose en seguida sobre el húmedo césped , habló á su hijo con voz enternecida :

„¿ Por qué te lloraria yo , recién
 „nacido mio , en tu cuna de barro ?
 „Quando el paxarito crece es preciso
 „que busque el alimento , y en el
 „desierto encuentra bastantes granos
 „amargos. Al ménos tú no has cono-
 „cido las lágrimas : tu corazon no ha
 „estado expuesto al soplo devorador
 „de los hombres. El boton que se se-
 „ca ántes de abrirse su capullo , pasa
 „con todos sus perfumes , como tú , hi-

„Jo mio, con toda tu inocencia. Dichosos los que mueren en la cuna, sin conocer mas que los besos y caricias de su madre.”

Cediendo en fin á nuestro corazon, nos oprimieron estas imágenes de amor y maternidad, que la noche seguia representándonos en estas soledades encantadas, para mayor confusion nuestra. Mis brazos conduxeron á Atala al centro de todos los bosques, y le dixe cosas, que en vano querria ahora que repitiesen mis labios. El viento de Mediodía, querido hijo, pierde su ardor al pasar por valles cubiertos de yelo; y los recuerdos del amor en el corazon de un anciano, son como el fuego del astro del dia reflexados por el apacible disco de la luna, quando el sol se ha ocultado, y reyna la melancolía en las chozas de los Salvages.

¿Quién podia salvar á Atala, quién libertarla de ceder á la naturaleza? Solamente un milagro, y este se verifi-

có. La hija de Simaghan recurrió al Dios de los Christianos, y arrojándose en tierra pronunció una fervorosa oracion, dirigida á su Madre y^a la Reyna de las Vírgenes. Desde este momento, René, concebí una idea maravillosa de esta religion, que en los bosques, en medio de todas las privaciones de la vida, pudo colmar de mil bienes á dos desgraciados: de esta religion, que oponiendo solo su poder al torrente impetuoso de las pasiones, basta para vencer las inclinaciones mas fogosas, aun quando todo las favorece, el secreto del bosque, la ausencia de los hombres, y el silencio de las sombras. ¡ Ah, quán celeste me pareció una simple salvage, la sencilla Atala! que de rodillas delante de un pino derribado como si fuera un altar, por entre las cimas de los árboles, dirigia á Dios sus ruegos por un amante idólatra. Sus ojos levantados hácia el astro de la noche, sus mexillas brillantes con

las lágrimas de la religion y del amor, estaban bañadas de una belleza inmortal. Muchas veces me pareció, que iba á alzar el vuelo hácia los cielos: me figuré ver baxar sobre los rayos de la luna, y escuchar entre las ramas de los árboles á esos genios, que el Dios de los Christianos envia á los ermitaños de los desiertos, quando desea llamarlos á sí, y me entristecia al preveer, que á Atala no le quedaba mucho tiempo que pasar en la tierra.

Entre tanto derramaba ella tantas lágrimas, se me mostraba en tal colmo de desgracia, que acaso iba á consentir en separarme, quando resonó en el bosque el grito de muerte, y se precipitaron sobre mí quatro hombres armados: habíamos sido descubiertos, y dado orden el Xefe de la guerra, para que nos persiguiesen.

Atala, semejante á una reyna en su magestuoso ademan, desdeñó el hablar á estos soldados. Mirólos con al-

tivo desden, y se dirigió en busca de su padre.

Nada pude lograr de él. Mis guardas se dobláron, multiplicáronse mis cadenas, y separáron á mi amante. Cinco noches pasáron hasta que divisamos á Apalachucla, situada sobre la ribera del río Chata-Uche. Al instante me coronan de flores, me pintan el rostro de azul y bermellon, me cuelgan perlas en nariz y orejas, y ponen en mi mano un chichiconé (1).

Adornado así para el sacrificio, entro en Apalachucla entre la algazara de la tropa. Pocos instantes me restaban de vida, quando de repente sueña un caracol, y el Mico ó Xefe de la nacion ordena que se junte el Consejo.

Ya sabes, hijo mio, los tormentos que los Salvages hacen sufrir á los prisioneros de guerra. Los Misioneros Christianos á riesgo de su vida, y con una

(1) *Instrumento de los Salvages.*

caridad infatigable, habian llegado á introducir en muchas naciones una esclavitud bastante suave en lugar de los horrores de la hoguera. Los Muscogulos no habian adoptado aun esta costumbre; pero se habia declarado por ella un partido numeroso. El Mico convocaba á los Sachems para este importante negocio; y yo fuí tambien conducido al sitio de las deliberaciones.

En un cerro aislado á corta distancia de Apalachucla, se levantaba el pabellon para el Consejo. Tres órdenes de columnas de cipres labrado y esculpido, formaban la elegante arquitectura de esta rotunda: su altura y diámetro se aumentaban á medida, que disminuyendo en número se acercaban al centro, señalado por solo un pilar. De sus remates salian unas faxas de corteza de árboles, que pasando por encima de las demas columnas, cubrian el pabellon en forma de abanico calado.

El Consejo se junta. Cincuenta an-

cianos con soberbios mantos de castor se colocan en aquella especie de gradierías, de frente á la puerta del pabellon. El Gran Xefe sentado en el centro, tiene en su mano el calomet de paz, medio pintado para la guerra. A la derecha de los ancianos, se sientan cincuenta mugeres cubiertas de una vestidura ondeada de plumas de cisne. Los Xefes de la guerra con el tomahawak en la mano, el penacho sobre la cabeza, las manos y el pecho teñidas en sangre, toman la izquierda de los padres de la patria.

Al pie de la coluna central arde el fuego del Consejo. El primer Agorero rodeado de ocho guardas del templo, vestido de ropa talar, y llevando un buho atado sobre la cabeza, derrama sobre la llama bálsamo de copayba, y ofrece en sacrificio al Sol. Este triple orden de ancianos, matronas y guerreros, estos Sacerdotes, estas nubes de incienso, este sacrificio; to-

do daba á este Consejo salvage una ostentacion extraordinaria y pomposa.

Yo estaba encadenado en medio de todos. Concluido el sacrificio el Mico toma la palabra, expone con sencillez el negocio, que hace reunir el Consejo, y arroja un collar azul en medio del salon, en prueba de lo que ha dicho.

Entónces se levanta un Sachem de la tribu del aguila, y habla así:

„Mico padre mio; Sachems, ma-
„tronas, guerreros de las quatro tri-
„bus del aguila, del castor, de la ser-
„piente y la tortuga; no alteremos en
„nada las costumbres de nuestros abue-
„los: quememos al prisionero, y no
„afeminemos nuestro esfuerzo; se os pro-
„pone una costumbre de los blancos,
„y no puede dexar de seros pernicio-
„sa. Dadme un collar roxo que con-
„tenga mis palabras.” He dicho: y arro-
ja un collar roxo en la asamblea.

Una matrona se levanta, y dice:

„Padre mio el aguila, vos teneis

„la penetracion de un raposo , y la pru-
 „dente lentitud de una tortuga. Quie-
 „ro ilustrar la cadena de amistad,
 „que hay entre vosotros y entre mí,
 „para plantar el árbol de la paz.
 „Pero alteremos las costumbres de nues-
 „tros abuelos en quanto sean funestas.
 „Tengamos esclavos que cultiven nues-
 „tros campos ; pero no lleguen mas á
 „nuestro oido los gritos del prisione-
 „ro , que estremecen el seno de las
 „madres.” He dicho.

A manera que con la tempestad se
 estrellan unas con otras las olas del mar;
 que en el otoño son arrebatadas por el
 torbellino las hojas secas de los árbo-
 les ; y las cañas del Meschacebé caen,
 y se levantan en una inundacion re-
 pentina ; como brama una gran mana-
 da de ciervos en el centro del bosque,
 así se agitaba y murmuraba el Conse-
 jo , Sachems , Soldados , matronas , to-
 dos hablan succesivamente , y á un tiem-
 po mismo. Los intereses se chocan , las

opiniones se dividen, y la asamblea va á disolverse. Mas al fin triunfa el antiguo uso, y se decide, que el prisionero sea quemado con los tormentos de costumbre.

Retardó mi suplicio la circunstancia de estar próxima la *fiesta de los difuntos*, ó *el festin de las almas*: era uso no hacer morir cautivo alguno durante los dias consagrados á esta gran ceremonia. Mi custodia se encargó á una guardia severa, y sin duda los Satchems alejaron á la hija del Simaghan, porque no volví á verla.

Entre tanto, iban llegando en tropas á celebrar el festin de las almas, naciones de mas de trescientas leguas en contorno. Se habia levantado una gran choza en un sitio desviado del desierto. El dia señalado, cada cabaña desenterró de sepulcros particulares los restos de sus padres, y los esqueletos se colgaron por orden y familia, en las paredes de la *sala comun de los abuelos*.

Habian elegido cabalmente el momento de una tempestad, y los vientos, los bosques, las cataratas bramaban por fuera, en tanto que ancianos de diferentes naciones ajustaban entre sí tratados de comercio, de paz y de alianza sobre los huesos de sus padres.

Celébranse los juegos fúnebres de la carrera, la pelota y la taba. Dos doncellas juegan á arrebatarse una varita de sauce: sus senos se estrechan, sus bocas se enencuentran, y sus manos dan vueltas al rededor de la varita levantada sobre sus cabezas. Se entrelazan sus hermosos y desnudos pies, sus alientos se confunden, se inclinan y juntan sus cabellos: en seguida miran á sus madres, el rubor sonrosea sus mejillas, y el concurso las aplaude (1). El Agorero invoca á Michabú, Genio de las aguas. Refiere las guerras de la gran liebre

(1) *El rubor se percibe en los jóvenes salvages.*

contra Kitchimanitú, Dios del mal. Canta al primer hombre, y á la hermosa Atahensica la primera muger, precipitados del Cielo por haber perdido la inocencia: la tierra manchada con la sangre fraternal: al impio Jouskeka inmolando al justo Tahuitsaron: el diluvio cayendo á la voz del grande Espíritu: á Massú el único, que se salvó en su cánoa de corteza, y al cuervo enviado para descubrir la tierra. Cantó tambien á la hermosa Endaé, sacada de la morada de las almas por las dulces canciones de su esposo.

Concluidos estos juegos y cánticos, se trata de dar eterna sepultura á los abuelos. En las riberas del rio Chata-Uche, se veia una higuera silvestre consagrada por el culto de los pueblos. Las doncellas acostumbraban lavar en este sitio sus vestiduras de corteza, y tenderlas al soplo del desierto sobre las ramas del añoso árbol: este era el lugar donde habian cavado un inmen-

so sepulcro. Salen del salon fúnebre entonando el himno de muerte; cada familia lleva algunos restos sagrados, y hasta los niños mas tiernos van cargados de los huesos de sus padres. Quando esta procesion solemne llega á la tumba, van baxando á ella las reliquias: las extienden á capas, las separan con pieles de osos y de castores: se levanta el monte del sepulcro, y se planta el árbol del llanto y del sueño.

Compadezcamos á los hombres, querido hijo, estos mismos Indios, cuyas costumbres son tan interesantes, estas mismas mugeres, que me habian manifestado una compasion tan viva, pedian ahora en altas voces mi suplicio; y retardaban su partida: naciones enteras, por desfrutar el placer de ver sufrir tormentos espantosos, á un jóven desventurado.

En un valle situado hácia el Norte, á corta distancia del gran Pueblo, se levanta un bosque sombrío de cipre-

ses y abetos, llamado el *bosque de la sangre*. Para llegar á él se atraviesa por las ruinas de un antiguo monumento, de los edificados en el desierto por un Pueblo desconocido. En el centro del bosque se forma un vasto circo, donde se sacrifican los prisioneros de Guerra, y al qual fuí conducido en triunfo; todo se apresta para mi muerte; se planta el pilar de Areskui; los pinos, los olmos, los añosos cipreses caen al golpe de la segur, y se levanta la pira; los espectadores forman anfiteatros con ramas y troncos de árboles; cada uno inventa su suplicio: quien se propone arrancarme la piel del cráneo, quien abrasarme los ojos con teas encendidas, y yo principio mi cancion de muerte.

„No temo los tormentos, Musco-
„gulgos, tengo valor, os desafio y des-
„precio mas que si fuerais mugeres; mi
„padre el famoso Outalissi, hijo de Mis-
„cou, ha bebido en el cráneo de vues-
„tros mas famosos guerreros: no, no

„espereis arrancar de mi corazón un
„solo suspiro.”

Provocado de mi canción un Soldado me hiere el brazo con una flecha, y le digo: Hermano, te doy las gracias.

A pesar de la actividad de los verdugos, los preparativos del suplicio no pudieron concluirse ántes de ponerse el Sol. Consultóse al Agorero, y habiendo este prohibido, que se inquietase el silencio de los Genios de las sombras, mi muerte se diferió hasta el día siguiente. Con la impaciencia de disfrutar del espectáculo, y para estar mas prontos al tiempo de salir la aurora, nadie dexó el bosque de la sangre. Encendiéronse hogueras, y principiáron los festines y danzas.

A mí entre tanto me estendiéron de espaldas en el suelo: las ataduras que ligaban mi cuello, mis pies y brazos, iban á reunirse en unas estacas clavadas á alguna distancia. Habia Soldados

recostados sobre estas ataduras, y no era posible moverme sin que lo advirtiesen. Adelantándose la noche, las canciones y danzas cesan por grados: las hogueras no despiden sino una llama bermeja, á cuyo resplandor se distinguen aun las sombras de algunos salvajes errantes. Al fin todo reposa: á medida que cesa el ruido de los hombres, crece el del desierto; y al tumulto de las voces, suceden en los bosques los silvidos del viento.

Era la hora en que la jóven salvaje, que acaba de ser madre, se levanta sobresaltada, porque cree oír los gritos de su recién nacido pidiéndole el dulce sustento. Estaba yo haciendo reflexiones sobre mi destino con los ojos clavados en el Cielo, donde la luna vagaba entre las nubes. Atala debía representarse como un monstruo de ingratitude, al que se habia entregado á las llamas ántes que dexarla::: ¡Abandonarme en el momento de mi

suplicio ! ::: Sin embargo sentia que la amaba aun , y que moria alegre por ella.

En los extremos placeres hay un aguijon que nos punza , para avisarnos que aprovechemos un corto instante : en los grandes dolores al contrario hay no sé qué peso , que nos aletarga : los ojos cansados de llorar se cierran naturalmente ; y así hasta en los infortunios se hace sentir la mano de la providencia. Por último cedí á su pesado sueño , que alguna vez prueban los desventurados. Soñaba que desataban mis ligaduras , y creia sentir el consuelo, que da una mano bienhechora quando nos liberta de hierros , que oprimen fuertemente.

Tan intensa fué la sensacion , que me hizo abrir los ojos , y al pálido resplandor de la luna , que por entre dos nubes despedia uno de sus rayos, entreví una figura blanca inclinada hácia mí , y ocupada en desatar mis li-

gaduras silenciosamente. Iba á gritar, quando selló mis labios una mano que al instante reconocí. Quedaba solo una cuerda , pero parecia imposible romperla sin tocar á un Soldado , que la cubria enteramente con su cuerpo. La toma Atala : medio se despierta el Soldado , y se incorpora ; ella queda inmóvil , y lo mira. El Indio la tiene por el Espíritu de las ruinas , se re-cuesta otra vez , y cerrando los ojos invoca á su Manitú. Rota la cuerda, me levanto , y sigo á mi libertadora. ¿Pero cuántos riesgos nos cercan? ya estamos para tropezar con los salvages dormidos , ya un guarda nos pregunta , y Atala responde desfigurando la voz. Los niños gritan , los perros ladran por donde pasamos ; no bien hemos salido del recinto fatal , quando los alaridos hacen estremecer el bosque. El campo se despierta ; se encienden fuegos , por todas partes se vén correr Salvages con hachas encendidas ; y no-

sotros precipitamos la huida.

Al rayar la aurora en el Oriente, estábamos ya distantes en el desierto. ¡Grande espíritu! ¡Vos sabeis cuál fué mi dicha, quando otra vez me encontré en la soledad con Atala, con mi libertadora Atala, que se hacia mia para siempre! Las palabras faltaron á mi lengua, y arrodillado ante la hija de Simaghan, la dixé: „Los hombres „son cosa muy pequeña; pero quan- „do los Genios los visitan entónces na- „da son; vos sois un Genio, me ha- „beis venido á visitar, y no puedo „hablar en vuestra presencia.” Atala extendió hácia mí su mano con una risa melancólica: „Es preciso, me di- „xo, que os siga, puesto que no que- „reis huir sin mí. Esta noche he ga- „nado el agorero con dádivas, y em- „bragado á tus verdugos con esencia „de fuego (1), arriesgando mi vida por

(1) *Aguardiente.*

„ti, ya que habias dado por mí la
„tuya. Sí, jóven idólatra, añadió con
„un tono terrible, el sacrificio será
„recíproco.”

Atala me entregó las armas que ha-
bia traído consigo, curando en segui-
da mi herida. Al enxugarla con una
hoja de papaya, la humedecía de nue-
vo con sus lágrimas, y yo la dixé:
„Tú derramas un bálsamo sobre mi
„herida.” „Temo, respondió, no sea
„un veneno, él sale de mi corazón.”
Rasgó despues un velo de los que cu-
brian su seno, y formando un cabe-
zal, lo apretó con un lazo de sus
cabellos.

Acaso la embriaguez que dura mu-
cho en los Salvages, y es para ellos
una especie de enfermedad, les estor-
bó el seguarnos los primeros días; y
si despues nos buscaron fué sin duda
hácia el Occidente, persuadidos de que
habriamos baxado hácia el Meschace-
bé. Pero cabalmente tomamos el cami-

no hacía la estrella inmóvil (1).

No tardamos en conocer cuán poco se había ganado con mi libertad. El desierto desplegaba á nuestra vista soledades sin límites. ¿Cuál había de ser nuestra suerte en aquellas selvas, sin experiencia en la vida de los bosques, descarriados de camino seguro, y vagando á la ventura? Muchas veces mirando á Atala me acordaba de la antigua historia de Agar (que había leído en casa de Lopez), quando llegó al desierto de Bersábee, allá en tiempos remotos, quando los hombres vivian tres edades de una encina.

Atala me hizo un manto de la corteza interior del fresno, porque estaba quasi desnudo. Me bordó unas mocasinas (2) de piel de raton de almizcle, con pelo de puerco espin. Yo por mi parte cuidaba de sus adornos: ya

(1) *El Norte.*

(2) *Calzado de los Indios.*

le ponía sobre la cabeza una guirnalda de las malvas azules que encontrábamos por el camino, ó en los cementerios indios abandonados: ya le hacía collares de granos rojos de azalea, y despues me sonreía contemplando su maravillosa hermosura.

Quando encontrábamos algun rio, lo pasábamos en una balsa, ó á nado; Atala apoyaba sobre mi espalda una de sus manos, y como dos cisnes viajeros atravesábamos las aguas solitarias. Muchas veces buscábamos un asilo contra el excesivo calor debaxo del musgo de los cedros. Quasi todos los árboles de la Florida, en especial los cedros y la encina verde, están cubiertos de una especie de tela blanca, que llega desde sus ramas hasta el suelo. Quando por la noche á la claridad de la luna se distingue una de estas encinas en medio de una sávana, parece que se presenta una fantasma, arastrando tras sí largos velos. La es-

cena no es menos pintoresca, con la luz del sol, quando asiéndose á esta tela una multitud de mariposas, de moscas resplandecientes, de periquitos verdes y grajos azulados, presenta con ellos el mismo efecto, que un tapiz de lana blanca en que el artista Europeo hubiese bordado insectos, y páxaros de colores sobresalientes.

Baxo de estas maravillosas posadas dispuestas por el grande Espíritu en medio de la soledad, descansábamos á mediodía, mientras los vientos baxaban del cielo á mecer este gran cedro. Quando el castillo flotante edificado en sus ramas se movia con los páxaros y viageros dormidos, saliendo mil suspiros de los corredores y bóvedas de la movible fábrica; no podian compararse con este monumento del desierto, las siete maravillas del antiguo mundo.

Por las noches encendíamos una grande hoguera, y formábamos nuestra cho-

za de viage con una corteza, levantada sobre quatro estacas. Si habia yo muerto un pabo ó palomo montés, ó un faisán del bosque, lo colgábamos delante del fuego en la punta de una vara clavada en el suelo; y dexábamos al viento el cuidado de dar vuelta á la presa del cazador. Comíamos musco, llamado intestinos de roca, cortezas azucaradas de álamo blanco, y manzanas de mai que saben á melocoton, y á franbueza mezclados. El nogal negro, el zumaque, y el aroe, proveian de vino nuestra mesa solitaria. Algunas veces iba á buscar entre las cañas una planta, cuya flor prolongada á manera de trompeta contenia un vaso del mas puro rocío. Bendecíamos á la providencia, que sobre el bástago de una flor habia colocado fuente tan pura, en medio de las lagunas corrompidas: así como ha puesto la esperanza en medio de los corazones ulcerados por la tristeza, y ha

hecho brotar la virtud del seno de las miserias de la vida.

No tardé en descubrir que me engañaba la aparente tranquilidad de Atala. Su melancolía iba creciendo, á medida que nos internábamos en el desierto. Frecüentemente se sobresaltaba sin motivo, volviendo precipitadamente la cabeza. Si la sorprehendia fixando sobre mí una mirada llena de pasion, al instante la clavaba en el cielo con una profunda tristeza. Lo que más me desalentaba era no sé qué secreto, no sé qué idea oculta en el fondo de su alma, y que se traslucia en sus ojos. Siempre atrayéndome y alejándome; animando y destruyendo mis esperanzas; quando creia haber adelantado algo en su corazon, me encontraba en el mismo estado: ¡ quantas veces me dixo: „Chactas mio, te amo como á la sombra de los montes „en medio del dia! Eres hermoso como el desierto, con todas sus flores

„y vientecillos. Si me recuesto sobre
„ti, tiemblo; si mi mano cae sobre
„la tuya, parece que voy á espirar.
„El otro dia quando descansabas re-
„costado en mi seno, impelió el vien-
„to tus cabellos hácia mi rostro; y
„me figuré que sentia el ligero tacto
„de los espíritus invisibles. He visto
„las cabras de la montaña de Ocon,
„he oido los discursos de los hom-
„bres experimentados en la vida; pe-
„ro la dulzura de los cabritillos, y
„la sabiduría de los ancianos son mé-
„nos agradables, ménos enérgicos, que
„tus palabras. Con todo esto, pobre
„Chactas, yo no seré jamas tu esposa.”

Las perpetuas contradicciones del amor, y religion de Atala, los extre- mos de su ternura, y la pureza de sus costumbres, la entereza de su carácter, y su profunda sensibilidad, la elevacion de su alma en las cosas grandes, y su nimiedad en las pequeñas, todo la hacia para mí un ser incom-

prehensible. Atala no podia cobrar sobre un hombre un ascendiente débil; llena de pasiones estaba llena de influencia: era preciso, ó adorarla, ó aborrecerla.

Despues de quince noches de una marcha precipitada, entramos en la cordellera de los montes Aliganis, y tocamos uno de los brazos del Tenaso, que se precipita en el Ohío. Ayudado de la direccion de Atala fabriqué una canoa: la calafateé con goma de árboles despues de haber recosido las cortezas con raices de habeto; en seguida me embarqué con Atala, y nos abandonamos á la corriente del rio.

A nuestra izquierda se dexaba ver á la vuelta de un promontorio la poblacion de Stico, con sus tumbas piramidales, y chozas arruinadas: á la derecha dexamos el valle de Keow, terminado por la perspectiva de las cabañas de Jore, suspendidas en la cima de la montaña de su nombre. El rio en

que navegábamos corria entre altos peñascos, y al cabo de ellos se divisaba el sol que iba á ponerse. La presencia del hombre no habia inquietado estas profundas soledades, y á nadie vimos sino á un Indio cazador, que apoyado sobre su arco, é inmóvil sobre la punta de una roca, parecia una estatua erigida en la montaña, al Genio de estos desiertos.

Atala y yo juntamos nuestro silencio á esta escena del mundo primitivo, quando de repente la hija del destierro, hizo resonar en los ayres una voz llena de emocion y de melancolía, que cantaba á la patria ausente.

„ ¡ Dichosos los que no han visto el
 „ humo de las fiestas del extranjero, y
 „ no se han sentado sino en los festines
 „ de sus padres! ”

„ Si el grajo azul del Meschacebé
 „ dixese á la Nomparella de las Floridas:
 „ ¿ Por qué te quejas tan tristemente? ”

„¿No disfrutas aquí de hermosas aguas,
„de bellas sombras, y toda suerte de
„alimentos? Sí: responderia la Nom-
„parella fugitiva, pero mi nido está
„en el jazmin: ¿quién me lo traerá?
„¿y tú tienes el sol de mi sávana?

„¡Dichosos los que no han visto el
„humo de las fiestas del extranjero, y
„no se han sentado sino en los festines
„de sus padres!”

„Despues de algunas horas de pe-
„noso caminar, el viagero se sienta,
„tristemente contempla al rededor de
„sí las casas de los hombres, ¡y él no
„tiene donde reclinar su cabeza! Lla-
„ma á algunas cabañas, dexa su arco
„detras de la puerta, y pide hospi-
„talidad: el dueñó le hace un gesto
„con la mano: él viagero toma otra
„vez su arco, y se vuelve al desierto.

„¡Dichosos los que no han visto el

„humo de las fiestas del extranjero , y
„no se han sentado sino en los festines
„de sus padre!”

„Historias maravillosas referidas en
„torno del hogar , tiernos desahogos del
„corazon , eternas inclinaciones de a-
„mar tan necesarias á la vida , voso-
„tras habeis colmado los dias de los
„que no dexáron su pais nativo. ¡Sus
„sepulcros están en su patria con el
„sol que se pone , el llanto de sus ami-
„gos y los encantos de la religion !

„¡ Dichosos los que no han visto el
„humo de las fiestas del extranjero , y
„no se han sentado sino en los festines
„de sus padres!”

Así cantaba Atala : nada interrumpia sus quejas , sino el movimiento imperceptible de nuestra canoa en las aguas. Solo en dos ó tres parages fueron recogidas por un débil eco , que

las envió á otro segundo mas débil, y este á otro tercero mas débil todavía. Parecia que las almas de dos amantes en otro tiempo desafortunados como nosotros, atraidas por esta melodía interesante, se entretenian en repetir los últimos acentos en la montaña.

Entre tanto la soledad, la presencia continua del objeto amado, nuestras desgracias mismas redoblaban á cada momento nuestro amor. Las fuerzas de Atala comenzaban á desfallecer, y las pasiones iban á triunfar de sus virtudes christianas, debilitando su cuerpo. Continuamente imploraba á su madre, cuya sombra irritada parecia querer aplacar. Alguna vez me preguntaba si oia una voz doliente, y si veia salir llamas de la tierra. Yo por mi parte consumido de fatigas, ardiendo en deseos, y pensando que acaso estaba perdido sin recurso en estos bosques, estuve mil veces tentado de estrechar á mi esposa entre mis brazos.

Cien veces la propuse que edificásemos una choza en estos desiértos para habitarla juntos ; pero siempre encontraba resistencia. „ Piensa , me decia , amigo mio , que un soldado se debe todo á su patria. ¿ Qué es una débil mujer respetó de las obligaciones que tú debes llenar ? Cobra esfuerzo , hijo de Outalissi , no murmures contra tu destino ; el corazon del hombre es como la esponja del rio , que ya bebe una agua cristalina , en tiempo de serenidad ; ya se empapa de una agua cenagosa , quando la lluvia ha enturbiado las ondas. ¿ La esponja tiene por ventura el derecho de decir , creia que jamas hubiese habido tempestades , y que el Sol no seria ardiente ? ”

¡ Oh René ! si temes las turbaciones del corazon , no te fies del retiro de las selvas , las grandes pasiones son solitarias , y transportarlas al desierto , no es mas que restituir las á su imperio. Oprimidos de cuidados y temores , ex-

puestos á caer en las manos de Indios enemigos , á ser sumergidos en las aguas , mordidos por las serpientes , devorados por las fieras , encontrando difícilmente un escaso alimento , y no sabiendo adonde dirigir los pasos , nuestros males parecian no poder aumentarse , quando un accidente los llevó á su colino.

Veinte y siete veces habia salido el sol desde nuestra partida de las cañas : la *luna de fuego* habia comenzado su curso , y todo anunciaba una tempestad. Hacia la hora en que las matronas de la India cuelgan el cayado de labor en las ramas de una sabiná , y los papagayos se retiran al hueco de los cipreses para desfrutar la frescura en medio del dia , empezó á obscurecerse el cielo. Cesaron todas las voces de la soledad , el desierto quedó en silencio , y en los bosques mudos reynó una calma universal. El estrepito de un trueno al resonar en bos-

ques tan antiguos como el mundo, produjo un ruido extraordinario. Temiendo ser sumergidos en el rio, nos aceleramos en llegar á la orilla, y retirarnos á un bosque.

El sitio era un terreno pantanoso: habíamos pasado con gran trabajo sobre una bóveda de zarzaparrilla, y entre vides, añil, frísoles, y liana terrestre, que trababan nuestros pies en el suelo, como redes. El suelo humedecido murmuraba en torno de nosotros, y á cada instante estábamos próximos á ser sumergidos en los barrancos. Innumerables insectos, enormes murciélagos nos cegaban: las serpientes de cascabel hacian ruido por todas partes, y los lobos, los osos, los caribús, los carcajus, los tigres que corrian á ocultarse en estas guaridas, las llenaban de sus bramidos.

Entre tanto crece la obscuridad: las nubes baxan hasta confundirse con la sombra de los bosques. De repente se

rasga una de ellas, y el relámpago describe mil ángulos de fuego. Un viento impetuoso, que sopla por poniente, confunde en un vasto caos todas las nubes. El cielo se rasga sin cesar, y por entre las aberturas se descubren nuevos cielos, y campañas ardientes; doblándose la masa entera de los bosques. ¡Qué horroroso y magnífico espectáculo! El rayo abrasa el bosque por diversas partes: el incendio se extiende como una cabellera de llamas: rodean las nubes columnas de centellas y de humo, que despiden sus rayos en la vasta hoguera. Las detonaciones de la tempestad y del fuego, el ruido de los vientos, el rechinar de los árboles, los gritos de los fantasmas, los ahullidos de las fieras, los clamores de los rios, los silvidos de los truenos, que se iban apagando al caer en las ondas: todo este estruendo repetido por los ecos del cielo y de las montañas, ensordecía el desierto.

¡Grande Espíritu, tú lo sabes! En este momento no vi mas que á Atala, no pensé mas que en ella. Formándola una muralla con mi cuerpo al pie del álamo donde nos habíamos sentado, conseguí libertarla por algun tiempo de los torrentes de agua, que caian sobre nosotros por las inclinadas hojas de los árboles. Sentado en la misma agua contra el tronco del árbol, sosteniendo á mi amada sobre las rodillas, y fomentando sus hermosos y desnudos pies entre mis manos amorosas; era mas afortunado, que una esposa que siente por la primera vez el fruto de sus entrañas.

Entre tanto aplicábamos el oido al estrépito de la tempestad: de improviso siento caer sobre mi seno una lágrima de Atala: „Tempestad del co-
„razon, exclamé, ¿es esta una gota
„de tu lluvia? Atala, tú me ocultas al-
„guna cosa: ¡ábreme tu corazon, her-
„mosa mia! Sirve de tanto alivio el

„que un amigo vea en nuestra alma.
„Cuéntame ese secreto de dolor, que
„te obstinas en callar. ¡Ah! ya le veo,
„llorarás á tu patria.” Ella replicó al
momento: hijo de los hombres, ¿có-
mo lloraria mi patria, si mi padre no
nació en el pais de las palmeras? „Co-
„mo dixé con una profunda admira-
„ción: ¡ vuestros padres no eran del
„pais de las palmas! ¿Quién es el que
„os ha dexado en esta tierra de lá-
„grimas? Responded.” Atala lo hizo
de esta manera.

„Antes que mi madre se casase
„con el guerrero Simaghan, lleván-
„dole en dote 30 yeguas, 20 búfalos,
„100 medidas de aceyte de bellotas,
„50 pieles de castores, y otras mu-
„chas riquezas, habia ya conocido á un
„hombre de carne blanca: la madre
„de mi madre la arrojó agua en el
„rostro, y la precisó á casarse con el
„magnánimo Simaghan, en todo se-
„mejante á un Rey, y reverenciado

„de los pueblos como un Genio. Pe-
„ro mi madre dixo á su nuevo espo-
„so : mi seno ha concebido ya , quí-
„tame la vida.” Simaghan le respon-
dió : „¡ Guárdeme el grande Espiritu
„de tan perversa accion ! No te mu-
„tilaré , ni cortaré las narices y ore-
„jas , porque has sido sincéra , y no
„has hecho traicion á mi tálamo. El
„fruto de tus entrañas será mio ; y
„no te visitaré sino despues que mar-
„che el páxaro del arrozal , quando
„haya brillado la décima tercera lu-
„na. „En este tiempo rompí el seno
„de mi madre , y comencé á crecer
„altiva como una española y como
„una india. Mi madre me hizo chris-
„tiana , como lo eran ella y mi pa-
„dre. En seguida el sobresalto del a-
„mor vino á buscarla , y baró al pe-
„queño subterraneo adornado de pie-
„les , de donde no se sale jamas.”

Tal fué la historia de Atala. „¿ Y
„quál era tu padre , pobre huérfana

„del desierto, la dixe? ¿Cómo le llamaban los hombres, y qué nombre tenia entre los Genios?” „Jamás he lavado los pies de mi padre, respondió Atala, solo sé que vivia con una hermana suya en San Agustin, y que siempre ha sido fiel á mi madre. Su nombre entre los ángeles era Felipe, y los hombres le llamaban Lopez.”

Al oir estas palabras, doy un grito que resonó en toda la soledad, mezclándose al ruido de los truenos el estrépito de enagenamiento: y estrechando á Atala contra mi corazón, como si la quisiera ahogar, exclamé con sollozos interrumpidos: „¡O hermana mia! ¡O hija de Lopez! ¡hija de mi bienhechor!” Asombrada Atala me preguntó, qué causaba mi turbacion; pero quando supo que Lopez era el generoso hùésped, que me habia adoptado en San Agustin, y á quien habia dexado por ser libre, quedó sobreco-gida de confusion y de alegría.

Para nuestros corazones era irresistible esta amistad fraternal, que venia á visitarnos, y á mezclar su amor con el nuestro. Todos los combates de Atala iban á inutilizarse ::::

.

 ¡ Soberbios

bosques que moveis todas vuestras lianas, todas vuestras copas, como las cortinas y el cielo de nuestro lecho! ¡ pinos abrasados, que formais las teas de nuestro deseado himeneo! ¡ rio fuera de madre, montañas bramadoras, sublime y espantosa naturaleza! ¡ y vosotros no erais mas, que un vano aparato dispuesto para engañarnos, y no pudisteis ocultar un solo momento en vuestros misteriosos horrores la felicidad de un hombre!

Atala oponia solo una débil resistencia, y yo iba á tocar el momento de mi dicha, quando de repente rom-

pe la espesura de las sombras un impetuoso relámpago seguido del resplandor del rayo ; llena todo el bosque de azufre y de luz , y desgaja un árbol á nuestros pies , huyendo horrorizados. ¡Oh sorpresa ! oímos el sonido de una campana , en el silencio que sucede á este destrozo. Desconcertados escuchamos un ruido tan extraño en el desierto. Al mismo tiempo ladra un perro á lo léjos , se acerca , redobla sus chillidos , llega , y ahulla de gozo á nuestros pies. Un anciano solitario que lleva en su mano una pequeña linterna , le sigue por el bosque. „ Ben-
„ dita sea la Providencia , exclamó en
„ el momento de vernos. Ya hace mu-
„ cho tiempo que os voy buscando.
„ Ordinariamente tocamos la campana
„ de la mision durante la noche , y
„ en las tempestades para llamar á los
„ viageros : y siguiendo el exemplo de
„ nuestros hermanos de los Alpes y el
„ Líbano , hemos enseñado á nuestro

„perro á descubrir los extrangeros des-
„carrados en estas soledades. Os per-
„cibió desde el principio de la tem-
„pestad , y me ha conducido aquí.
„¡ Buen Dios , quán jóvenes son ! ¡ Po-
„brechos , quánto han debido sufrir en
„este desierto ! vamos : he traído una
„piel de oso que servirá para esta jó-
„ven ; aquí hay un poco de vino en
„la calabaza , ¡ qué Dios sea loado en
„todas sus obras ! ¡ su misericordia es
„grande , y su bondad infinita !”

Atala se habia arrojado á los pies
del Religioso : „Xefe de la oracion , le
„dixo , yo soy christiana : el cielo te
„envia aquí para salvarme.” Yo por mi
parte apénas comprehendia al ermita-
ño : esta caridad me parecia tan su-
perior al hombre , que creía estar so-
ñando. A la luz de la linterna , entre-
veia su barba y cabellos empapados
de agua : sus pies , sus manos y su
rostro estaban ensangrentados por las
espinas. „¿ Anciano , exclamé , qué co-

„razon tienes que no has temido que
„te hiriese el rayo?” „¿Temer, replicó
„el padre con energía, temer quan-
„do hay hombres que están en ries-
„go, y puedo serles útil? ¿entonces
„seria indigno siervo de Jesu Christo?”
„¿Pero sabes, le dixé, que no soy
„christiano?” „¿Jóven, respondió el
„ermitaño, por ventura te he pregun-
„tado tu religion? ¿Acaso, dixo Jesu
„Christo, mi sangre labará á este, y
„no á aquel? El murió por el judío,
„el gentil; y en todos los hombres
„no ha visto mas que hermanos y des-
„graciados. Lo que he hecho por vo-
„sotros es muy poco, y en otra par-
„te hubieseis podido encontrar mayo-
„res socorros: mas la gloria no debe
„atribuirse á los sacerdotes. Nosotros,
„débiles solitarios, ¿qué somos sino
„groseros instrumentos de una obra ce-
„lestial? y sin embargo, ¿quál seria el
„soldado bastante cobarde para volver
„atras, quando su xefe con la cruz

„en la mano , y la frente coronada de
 „espinas , sale delante de él á salvar
 „á los hombres?”

Estas palabras sobrecogieron mi co-
 razon , mis ojos derramaron lágrimas
 de admiracion y de ternura. „Queridos
 „neófitos , dixo el Misionero , yo diri-
 „jo en los bosques un pequeño rebaño
 „de vuestros hermanos salvages. Mi gru-
 „ta está en la montaña bastante cerca
 „de aquí ; venid á restableceros ; allí
 „no encontraréis comodidades , sino so-
 „lo un abrigo : y sin embargo es preciso
 „dar gracias á la bondad divina , por-
 „que hay muchos hombres que no lo
 „tienen.”

LOS LABRADORES.

Hay hombres justos cuya conciencia
 está tan tranquila , que nadie puede
 acercárseles , sin participar de la paz
 que exhalan , por decirlo así , su cora-

zon, y su espíritu. Con los discursos del solitario, sentia yo que las pasiones calmaban en mi pecho; y aun parecia que á su voz, se iba alejando en el cielo la misma tempestad. Las nubes no tardaron en dispersarse de modo, que pudiésemos dexar aquel retiro; y saliendo del bosque, comenzamos á subir la espalda de una alta montaña. El perro caminaba delante, con la linterna apagada á la punta de un baston: yo llevaba á Atala de la mano, siguiendo al misionero, que de quando en quando se volvia para mirarnos, contemplando compasivo nuestras desgracias, y nuestra juventud. De su cuello pendia un libro, y en su mano derecha llevaba un baston blanco: su talle era alto: su figura pálida y descarnada: su fisonomía franca y sincéra. No tenia las facciones muertas de un hombre nacido sin pasiones: se notaba que sus dias habian sido desventurados; y las arrugas de su

frente manifestaban las cicatrices de las pasiones sufocadas por la virtud, por el amor de Dios, y de los hombres. Quando nos hablaba en pie, é inmóvil; sus ojos baxos modestamente, su nariz aguileña, su barba larga, tenían no sé qué sublime en su reposo, y parecia que aspiraban á la tumba por su direccion natural hácia el suelo. Qualquiera que como yo ha visto al P. Aubry caminando por el desierto solo con su breviario, tiene una verdadera idea del viagero christiano sobre la tierra.

Despues de media hora de peligrosa marcha por las sendas de las montañas, llegamos á la gruta del misionero. Entramos por medio de las yedras, y guiraúmon que la lluvia habia hecho caer de los peñascos. En este sitio no habia mas que una estera de hojas de papaya, una calabaza para sacar agua, algunas vasijas de madera, una pala de hierro, una serpiente do-

mesticada , y sobre una piedra que servia de mesa un crucifixo, y el libro de los christianos.

El anciano se apresuró en encender fuego con lianas secas : machacó maiz entre dos piedras , y haciendo una torta la puso á cocer debaxo de la ceniza. Quando la torta tomó en el fuego un hermoso color de oro , nos la sirvió con crema de nueces en un vaso de arce.

La noche conduxo la serenidad, y el siervo del grande Espíritu nos propuso el ir á sentarnos sobre una piedra á la entrada de la gruta. Seguimosle á este sitio , que dominaba una hermosa vista sobre el desierto. Los restos de la tempestad habían sido arrojados hacia el oriente : el fuego que encendió el rayo en el bosque , resplandecía aun a lo léjos : al pie de la montaña se veia caído en el lodo un bosque entero de pinos : los rios arrastraban confundidos los troncos de los robles , los cuerpos de los animales, y

los pescados muertos, cuyos vientres plateados se veían nadar por encima de las aguas.

En medio de esta magestuosa escena Atala contó nuestra historia al anciano genio de la montaña. Su corazón christiano se mostró conmovido, y sus lágrimas cayéron sobre la barba.

„Hija mia, dixo á Atala, es preciso
„ofrecer nuestros tormentos al Dios por
„cuya gloria habeis hecho tanto; él
„os volverá el reposo. Veis humear e-
„sos bosques, enxúgarse esos torrentes,
„disiparse esas nubes, ¿y creéis que
„el que aplaca esa tormenta, no po-
„drá apaciguar las turbaciones del co-
„razon del hombre? Sino tienes, mi
„querida hija, otro albergue mejor, yo
„os ofrezco una cabaña entre el reba-
„ño, que felizmente guio hácia Jesu
„Christo. Yo instruiré á Chactas, y te
„lo daré por esposo, quando sea dig-
„no de serlo.”

A estas palabras me arrojé á los pies

del solitario derramando lágrimas de alegría, pero en el rostro de Atala se pintó la palidez de la muerte. El anciano me levantó con benignidad, y yo reparé que tenia ambas manos mutiladas. Atala comprehendió al instante sus desgracias, y exclamó: „¡Los bárbaros!”

„Hija mia, dixo el padre con una dulce sonrisa, ¿qué es esto en comparacion de lo que sufrió mi divino maestro? Si los iadíos ídólatras me han maltratado, es porque son pobres ciegos, á quienes el Señor iluminará algun dia. Yo los amo, aun mas, á proporeion de los males que me han hecho. No he podido quedarme en mi patria adonde habia vuelto, y donde una ilustre reyna me honró contemplando estas ligeras señales de mi apostolado. ¿Y qué recompensa mas gloriosa puedo recibir de mis fatigas, que haber obtenido del xefe de nuestra religion el permiso para celebrar el divino sacrifi-

„cio con las manos mutiladas? Des-
„pues de este favor nada me faltaba,
„sino hacerme digno de él; y así he
„vuelto á estos desiertos á emplear el
„resto de mi vida en el servicio de
„Dios. Pronto se cumplirán treinta a-
„ños que habito esta soledad, y ma-
„ñana hará veinte y dos que me es-
„tablecí en este peñasco. Quando lle-
„gué á estos lugares no encontré sino
„familias vagamundas, de costumbres
„feroces, y vida miserable; les hice
„escuchar la palabra de paz, y sus
„costumbres se han dulcificado por
„grados. Actualmente viven en una
„pequeña colonia de cristianos de-
„baxo de esta montaña. Instruyéndo-
„les en la ciencia de la salvacion, he
„procurado enseñarles las primeras ar-
„tes de la vida; pero sin perfeccio-
„narlas mucho, y manteniendo á es-
„tas buenas gentes en aquella senci-
„llez que forma la felicidad. Temien-
„do incomodarlas con mi presencia,

„me he retirado á esta gruta, adon-
„de vienen á consultarme, y donde
„léjos de los hombres admiro á Dios
„en la grandeza de las soledades, y
„me preparo á la muerte que ya me
„anuncian mis cansados dias.”

El solitario se hincó de rodillas concluido este discurso; nosotros imitamos su exemplo, y comenzó en alta voz una oracion á que respondió Atala. Rompian aun los cielos hácia el levante algunos relámpagos silenciosos, y resplandecian sobre las nubes del poniente tres soles unidos. Los raposos dispersados por la tempestad extendian su negro hocico á la orilla de los precipicios, y se escuchaban los cruxidos de las plantas, que secándose al soplo del viento levantaban por todas partes sus bástagos inclinados.

Volvimos á entrar en la gruta donde el ermitaño compuso para Atala un lecho de museo. Pintábase en sus ojos y movimientos una suma languidez:

miraba al P. Aubry como si quisiera revelarle un secreto; pero parece que la detenia algun motivo, bien fuese mi presencia, bien el rubor ó la inutilidad de descubrirlo. A la media noche sentí que se levantaba buscando al solitario; pero como este le cedió su lecho, se habia salido á contemplar la belleza de la noche, y á rogar á Dios sobre el monte. Por la mañana me dixo, que esta solia ser su costumbre aun en el invierno, pues gustaba ver cómo los bosques mecian sus despojadas cimas, cómo volaban las nubes en los cielos, y sonaban los vientos y torrentes en la soledad. Mi hermana se vió obligada á volver á su lecho donde se adormeció. ¡Ah, colmado de esperanza no veia en la debilidad de Atala, mas que muestras pasajeras de cansancio!

Al dia siguiente me despertaron los cantos de los cardenales y páxaros burlescos retirados en las acasías y laure-

les que rodeaban la gruta. Fuíme á coger una rosa de magnolia, y humedecida aun con las lágrimas de la mañana, la coloqué sobre la cabeza de la dormida Atala. Segun la creencia de mi pais, esperaba que el alma de algun niño muerto al pecho, habria baxado sobre esta flor en una gota de rocío, y que un sueño dichoso la trasladaria al seno de mi amante. En seguida busqué á mi huésped, y le encontré con la túnica recogida y el rosario en la mano, aguardándome sentado sobre el tronco de un pino caido de vejez; me propuso que le acompañase á la mision, mientras Atala descansaba; acepté su ofrecimiento, y al instante nos pusimos en camino.

Al baxar de la montaña reparé las encinas en que los genios parecian haber dibuxado figuras misteriosas. El ermitaño mismo habia trazado algunas líneas; eran versos de un antiguo poeta llamado Homero, y algunas senten-

cias de otro poeta mas antiguo llamado Salomon. Entre esta sabiduría de los tiempos , estos versos roídos de musco , el solitario que los habia grabado , y estas añosas encinas , que le servian de libros en el centro de un desierto , reynaba no sé qué antigua y misteriosa armonía.

Tambien estaban grabadas sobre una caña de la sávana al pie de estos árboles su nombre , su edad , y la época de su mision. Admirándome de la fragilidad del último monumento : „él „durará mas que yo , respondió el P. „y siempre tendrá un valor superior „al poco bien que he hecho.”

Desde allí nos dirigimos á la garganta de un valle , donde ví una obra maravillosa : era un puente natural , como el de la Virginia , de que sin duda has oido hablar. Los hombres , hijo mio , en especial los de tu pais , imitan freqüentemente á la naturaleza : pero sus copias son siempre mezquinas:

no sucede así quando la naturaleza se complace en imitar las obras de los hombres. Entónces es quando ella echa puentes desde la eminencia de una montaña, hasta la cima de otra; suspende caminos en las nubes; forma rios en vez de canales; levanta montes en lugar de columnas; y abre mares en vez de estanques.

Al pasar por debaxo del único arco de este puente nos encontramos en medio de otra maravilla; porque pasábamos de encanto en encanto: era el cementerio de los indios de la mision, ó *la arboleda de la muerte*. El ermitaño les permitia enterrar los difuntos á su modo, santificando solo este lugar, por medio de una cruz (1):

(1) Sin duda el P. Aubry habia imitado á los Jesuitas de la China, que permitian á los chinos enterrar á sus parientes en los jardines, segun su antigua costumbre.

el suelo estaba repartido como el campo comun de las mieses , en tantas porciones quantas eran las familias. Cada una formaba para sí una pequeña arboleda , que variaba segun el gusto é inclinacion de quien la plantaba. Por entre los árboles serpenteaba sin ruido *el riachuelo llamado de la paz*. Este risueño asilo de las almas estaba cerrado hácia el levante por el puente que acabamos de pasar : hácia el norte y mediodía le cerraban dos colinas, quedando solo descubierta por el poniente , donde se levantaba un gran bosque de habetos. Los troncos de estos árboles manchados de verde , y semejantes á altas colunas , formaban á este hermoso templo de la muerte un magnífico peristilo. Reynaba allí un ruido magestuoso , semejante á el pausado sonido de un órgano dabaxo de las bóvedas de una Iglesia christiana: mas penetrando en el fondo del santuario, se oian solo los himnos de los paxa-

rillos , que celebraban una fiesta eterna á la memoria de los muertos.

Al salir de este bosque descubrimos el lugar de la mision , situado á la orilla de un lago , en medio de una sávana sembrada de flores , adonde se llevaba por una calle de magnolias y encinas verdes , plantadas en los lados de uno de los antiguos caminos , que se encuentran en la soledad.

Luego que los indios divisáron en la llanura al venerable pastor , abandonáron sus trabajos , y corriéron hácia él. Unos besaban respetuosamente su túnica ; otros sostenian sus trémulos pasos : las madres levantaban en sus brazos los hijos pequeñuelos para mostrarles al hombre de Jesu Christo , cuyos ojos derramaban lágrimas paternales. Sin detener sus pasos , se informaba de quanto ocurría en el pueblo : aconsejaba á aquel , reprehendia dulcemente á este ; hablaba de las mieses que habian de recogerse , de los

niños que habian de instruirse, y de las aflicciones que habian de aliviarse, mezclando á Dios en todos sus discursos.

Escoltados así, llegamos hasta el pie de una gran cruz que estaba sobre el camino, y junto á la qual acostumbraba el siervo de Dios celebrar los misterios de su santa religion: „Mis amados neófitos, dixó volviéndose á la multitud, os han llegado „un hermano y una hermana, y para „mayor colmo de felicidad, veo que „la divina providencia perdonó ayer „vuestras mieses; dos grandes motivos para darle gracias. Ofrezcámosle „pues el divino sacrificio, y cada uno „ponga de su parte un profundo recogimiento, una fe viva, y un corazón humilde”

Al instante el sacerdote se reviste de una túnica blanca, fabricada de corteza de morera; los vasos sagrados se sacan de un tabernáculo colocado al

pie de la Cruz; el altar se prepara sobre un cuadrado de piedra, el agua se saca de un torrente inmediato, y un racimo de uva silvestre se exprime para el vino del sacrificio. Hincados de rodillas entre la yerba comienza el misterio en medio del desierto.

La aurora que aparecia por detras de los montes inflamaba el extendido oriente; todo era de oro ó de rosa en la soledad. El astro anunciado por tanto resplandor salia en fin de un abismo de luz, y su primer rayo hirió la consagrada hostia, que el sacerdote alzaba en aquel momento. ¡Oh encanto de la religion! ¡Oh magnificencia del culto christiano! ¡Por sacrificador un venerable ermitaño, un peñaseco por altar, por templo el desierto, y por asistentes sencillos salvages! Sin duda se obró el gran misterio en el instante que nosotros caimos inclinando el rostro hácia el suelo, y Dios baxó sobre todos los bosques; porque yo le

sentí descender á mi corazón.

Concluido el sacrificio en que para mí nada faltaba sino la hija de Lopez, nos dirigimos al pueblo, donde de nuevo admiré los milagros de la religion. Reynaba allí la mezcla mas interesante de la vida social, y la vida de la naturaleza. Al cabo de una calle de cipreses del antiguo desierto, se descubrian terrenos recién cultivados: las espigas se movian ondeando sobre el tronco de una encina caída, y las mieses de un verano reemplazaban al árbol de diez siglos. Por todas partes se veian bosques, que abandonados á las llamas despedian densas nubes de humo, y el arado se pascaba lentamente entre los despojos de sus raices. Los agrimensores iban midiendo el desierto con largas cadenas, y los árbitros establecian las primeras propiedades. El páxaro abandonaba su nido; el albergue de la fiera se trocaba en una cabaña. Oíanse rechinar las fraguas,

y los golpes de la segur hacian resonar por la última vez los ecos próximos á espirar, con los árboles que les servian de asilo.

Yo contemplaba arrebatado estos quadros embellecidos por el recuerdo de Atala, y por los sueños de felicidad en que se mecia mi corazon. Admiraba el triunfo del christianismo sobre la vida salvage; veia el hombre civilizándose á la voz de la religion: asistia á las bodas primitivas de hombre y de la tierra. El hombre por este gran contrato la cedia la herencia de sus sudores: y la tierra se obligaba en cambio á producir fielmente las mieses, á alimentar sus hijos, y á abrigar sus cenizas.

Entre tanto traxeron un niño que el misionero bautizó entre los floridos jazmines, á la orilla de una fuente, miéntras que por medio de los juegos y del trabajo se dirigia un atahud á las arboledas de la muerte. Dos espo-

sos recibieron la bendicion nupcial de-
baxo de una encina , y en seguida fui-
mos á establecerlos en un extremo de
soledad. El pastor iba delante de no-
sotros bendiciendo acá y allá , la ro-
ca , el árbol , la fuente ; así como en
otro tiempo bendixo Dios la tierra in-
culta dándola en herencia á Adán. Es-
ta pequeña porcion mezclada con sus
rebaños siguiendo de peñasco en peñas-
co á su pastor venerable , representa-
ba á mi corazon enternecido , las an-
tiguas emigraciones de las primeras fa-
milijs de los hombres ; allá quando Sem
se internaba con sus hijos en el mún-
do desierto , siguiendo al sol que ca-
minaba delante.

Quise saber de este santo ermita-
ño como gobernaba á sus hijos , y me
respondió con gran complacencia : „ No
„ les he dado ley alguna ; únicamente
„ les enseñó á amarse entre sí , á ro-
„ gar á Dios , y á esperar en otra vi-
„ da mas feliz ; á esto se reducen to-

„ das las leyes del mundo. En medio
„ del lugar se divisa una cabaña mas
„ alta que las demas ; pues esa sirve
„ de capilla en tiempo de lluvias. Allí
„ se reunen tarde y mañana para ala-
„ bar al Señor ; y quando estoy ausen-
„ te , un anciano dirige la oracion , por-
„ que la ancianidad es como la matr-
„ nidad , una especie de sacerdocio de
„ la naturaleza. Salen despues á traba-
„ jar en los campos ; y aunque las pro-
„ piedades están repartidas con el ob-
„ jeto de enseñarles la economía social,
„ las cosechas se guardan en graneros
„ comunes para mantener la caridad
„ fraterna. Quatro ancianos distribuyen
„ con igualdad el producto del traba-
„ jo. Añade á esto las ceremonias reli-
„ giosas , muchos cánticos , la cruz en
„ que he celebrado los misterios , el ol-
„ mo baxo del qual predico en los dias
„ festivos , nuestros sepulcros próxîmos
„ á los campos de trigo , los rios don-
„ de layo á los niños reciennacidos , y

„tendrás una idea completa de el rey-
„no de Jesu Christo.

Las palabras del solitario me arrebatáron, y al instante sentí la superioridad de esta vida estable moral, y ocupada sobre la vida errante, inútil y ociosa de salvage.

¡Ah! René: no murmuro de la providencia; pero confieso que jamas me acuerdo de esta sociedad evangélica sin sentir la amargura del pesar. ¡Cuán feliz hubiera hecho mi vida una cabaña habitada en estos desiertos en compañía de Atala! todos mis afanes hubieran terminado en esto; allí con una esposa adorada, desconocido de los hombres, y ocultando mi felicidad en el seno de los bosques, hubiera pasado como los rios que ni aun tienen nombre en el desierto. En lugar de esta paz con que entónces me lisonjeaba, ¡en qué turbacion no he pasado mis dias! Continuamente juguete de la fortuna, estrellado contra todas

las playas, desterrado largo tiempo de mi país, sin encontrar á mi vuelta mas que una cabaña arruinada, y amigos olvidados en la tumba; tal debia ser el destino de Chactas.

EL DRAMA.

Si mi sueño de felicidad fué vivo, al ménos fué de corta duracion, y el despertar me aguardaba en la gruta del solitario. Al llegar á ella en medio del dia, me sorprendió que Atala no saliese á recibimos. Ignoro qué repentino horror se apoderó de mí: sentia deshacerse mi corazon, y me pareció que los laureles susurraban tristemente sobre el monte. Al acercarme á la gruta, no me atrevia á llamar á la hija de Lopez, estando mi imaginacion sobresaltada igualmente por la voz, ó el silencio que pudiese suceder á mis clamores: mas aterrado aun

con la obscuridad que reynaba á la entrada del peñasco, dixe al misionero: „Vos á quien el cielo acompaña y fortifica, penetrad en esas sombras y volvedme á mi Atala.”

¡Cuán flaco es el que está dominado por las pasiones! ¡Cuán fuerte el que descansa en Dios! Mas esfuerzo habia en el corazon de este religioso agobiado con 76 años, que en toda la juventud de mi pecho. El hombre de paz entra en la gruta, y yo me quedo afuera lleno de terror. Un débil eco como de quien se queja sale del centro del peñasco, y viene á herir mi oido. Dando una voz, y concentrando todas mis fuerzas, me precipito en la obscuridad de la cabaña :::: ¡Espíritus de mis padres! ¡vosotros sabeis solamente el espectáculo que hirió mis ojos!

El solitario habia encendido una tea de pino, que su mano trémula sostenia sobre el lecho de Atala. Esta mu-

ger hermosa y jóven, medio reclinada sobre el codo, estaba pálida y con el cabello desordenado: sobre su frente brillaban las gotas de un sudor fatigoso: sus miradas lánguidas querian manifestarme aun su amor, y su boca queria sonreírse. Qual si estuviera herido de un rayo quedo inmóvil con los ojos fixos, los brazos extendidos, y los labios entreabiertos. Un profundo silencio reyna un momento entre los tres personajes de esta escena de dolor. El solitario lo rompió el primero, diciendo: „Esto no será sino „una fiebre ocasionada por el cansancio, y si nos resignamos con la voluntad de Dios, alcanzaremos su compasion.”

A estas palabras recobró su curso en mi corazon la sangre detenida, y con la violencia de un salvage pasé repentinamente de la desesperacion al exceso de confianza. Pero Atala no me dexó largo tiempo en ella; moviendo

tristemente la cabeza, hizo señal de que nos acercásemos á su lecho.

„Padre mio, dixo con una voz
„debilitada, dirigiéndose al religioso:
„ya toco el momento de la muer-
„te. ¡Chactas! escucha sin desesperar
„el funesto secreto que te ocultaba
„por no hacerte mas desventurado, y
„por obedecer á mi madre. No me
„interrumpas con señales de un dolor
„que precipitaria los cortos instantes
„que me restan de vida. Tengo mu-
„cho que decir; y por lo mismo en
„los latidos de este corazon que ca-
„da vez van haciéndose mas lentos :::
„en el no sé que helado peso que a-
„gobia mi pecho, siento que no me
„apresuraré bastante.”

Despues de algunos momentos de silencio, Atala prosiguió así:

„Mi triste destino ha principiado
„quasi ántes de que viese la luz: mi
„madre me concibió en la desgracia:
„yo oprimia su seno, y al darme á

„luz destrocé sus entrañas, haciendo
„desesperar de mi vida. Para salvar
„mis dias, mi madre hizo un voto:
„prometió á la reyna de los Angeles,
„que yo le consagraria mi virginidad
„si me libertaba de la muerte ::: ¡Vo-
„to fatal que me precipita en el se-
„pulcro!”

„Quando perdí á mi madre entra-
„ba en los 16 años: algunas horas án-
„tes de morir me llamó á su lecho.
„Hija mia, me dixo en presencia de
„un misionero, que la consolaba en
„sus últimos instantes: hija mia, tú
„sabes el voto que he hecho por ti:
„¿y querrás desmentir á tu madre?
„Atala mia, te dexo en un pais que
„no es digno de poseer una christia-
„na; en medio de idólatras que per-
„siguen al Dios de tu padre y el mio;
„al Dios que despues de haberte cria-
„do te conserva por un segundo mi-
„lagro. ¡Eh! mi querida hija, acep-
„tando el velo de las vírgenes, solo

„renuncias á los cuidados de la ca-
„baña, y á las funestas pasiones que
„han turbado el pecho de tu madre:
„ven pues, querida mia: ven, jura
„sobre esta imágen de la madre del
„Salvador, en las manos de este san-
„to sacerdote, y de tu madre mori-
„bunda, que no me harás traicion á
„la faz de los cielos: piensa que me
„obligué por ti para salvar tu vida;
„que no cumpliendo mi promesa, se-
„rás tú ménos castigada que tu ma-
„dre, cuya alma sumergirás en eter-
„nos tormentos.”

„¡Oh madre mia! ¡por qué hablas-
„teis así! ¡Oh religion, que á un tiem-
„po haces mis males y mi felicidad;
„que me pierdes y me constelas! Y
„tú caro y triste objeto de una pa-
„sion que me abrasa hasta en los bra-
„zos de la misma muerte, tú ves a-
„hora, ó Chaetas, lo que ha hecho
„el rigor de nuestro destino. Deshe-
„cha en llanto, y precipitándome en

„el seno maternal, prometí quanto qui-
 „sieron hacerme prometer. El misione-
 „ro pronunció sobre mí palabras ter-
 „ribles, y me puso el escapulario que
 „me ata para siempre. Mi madre me
 „amenazó con su maldición, si llega-
 „ba á romper el voto, y despues de
 „encargarme un secreto inviolable con
 „los paganos perseguidores de mi re-
 „ligion, espiró teniéndome abrazada.”

„Al principio no concebí el ries-
 „go de mi juramento, llena de ardor
 „como verdadera christiana, orgullosa
 „con la sangre española que circula-
 „ba en mi corazon, no vi al rede-
 „dor de mí sino hombres indignos de
 „mi mano: me lisonjeé de no tener
 „otro esposo que el Dios de mi ma-
 „dre ::: te vi, jóven y hermoso, pri-
 „sionero; me enterneció tu suerte; osé
 „hablarte junto á la hoguera del de-
 „sierto ::: y entónces sentí todo el pe-
 „so de mis votos.”

Al pronunciar Atala estas palabras

apretando con violencia las manos, y mirando al misionero, exclamé con un ayre amenazador. „¡He aquí esta religión que tanto me habeis celebrado! ¡perezca el juramento que me arrebató á Atala! ¡perezca el Dios que se opone á la naturaleza! ¿Hombré ó sacerdote, qué has venido á hacer en este desierto?”

„A salvarte, dixo el anciano con una voz terrible: á domar tus pasiones, é impedir, blasfemo, el que conjures contra ti la cólera celeste. Motivo tienes, jóven que apenas has entrado en la carrera de la vida, para quejarte de tus tormentos. ¿En dónde están las señales de lo que has sufrido? ¿dónde las injusticias que has soportado? ¿dónde tus virtudes, que son las que únicamente podrian darte algun derecho de queja? ¿qué servicios tienes? ¿qué bienes has hecho? ¡Eh! desgraciado, no veo en ti mas que pasiones, ¿y osas acusar

„al cielo? Quando, como el P. Au-
 „bry, hayas pasado 30 años de des-
 „tierra en estas montañas, te apresu-
 „rarás ménos en juzgar de los designios
 „de la providencia; comprehenderás
 „entónces que nada sabes, que nada
 „eres, y que no hay castigo tan ri-
 „guroso, males tan terribles, que no
 „merezca sufrir la carne corrompida.”

El brillo que despedían los ojos del
 anciano, la barba que sacudía su pe-
 cho, sus palabras de rayo le hacían
 semejante á un Dios. Confundido por
 su magestad caí á sus pies, y le pe-
 dí perdón de mis arrebatos. „Hijo mio,
 „me dixo con un acento tan dulce,
 „que entró en mi alma el remordimien-
 „to: hijo mio, no te reprehendo pre-
 „cisamente por mí. ¡Ah! tienes ra-
 „zon: lo que yo he hecho en estos
 „bosques es muy poco; y Dios no
 „tiene un siervo mas indigno que yo.
 „Pero el cielo, el cielo es el que
 „jamás debe acusarse. Perdóname, si

„te he ofendido : pero oigamos á tu
„hermana ; acaso hay un remedio : no
„nos cansemos de esperar. Chactas , es
„muy divina la religion que ha hecho
„una virtud de la esperanza.”

„Mi amigo , le replicó Atala , tú
„has sido testigo de mis combates , y
„sin embargo no has visto sino la mas
„pequeña parte ; yo te ocultaba el res-
„to. Sí : ¡ el negro esclavo , que rie-
„ga con su sudor las ardientes arenas
„de la Florida , es menos miserable que
„lo ha sido Atala ! Conjurándote pa-
„ra que huyeses , y segura de mi muer-
„te si te apartabas : temiendo huir con-
„tigo á los desiertos , y anhelando por
„la sombra de los bosques , llamando
„á voces la soledad ::: ¡ Ah , si solo se
„hubiera tratado de abandonar parien-
„tes , amigos , patria , si aun (¡ cosa
„terrible !) no hubiese perdido mas que
„de perder mi alma ! ::: pero tu som-
„bra , madre mia , tu sombra estaba
„siempre presente imputándome sus

„ tormentos. Yo oía tus clamores, veía
„ las llamas del infierno que te consu-
„ mían. Mis noches eran desveladas, y
„ llenas de fantasmas, mis días descon-
„ solados: el rocío de la noche se se-
„ caba al caer sobre mi abrasado cutis;
„ entreabria mis labios al vientecillo, y
„ este léjos de refrescarme, se abrasa-
„ ba con el fuego de mi aliento. ¿Qué
„ dolor verte sin cesar á mi lado, lé-
„ jos de todos los hombres, en pro-
„ fundas soledades, y ver entre los dos
„ un obstáculo insuperable! Pasar mi
„ vida á tus pies, servirte como tu es-
„ clava, preparar tu cena y lecho en un
„ sitio ignorado del universo, hubie-
„ ra sido para mí la suprema felicidad:
„ ¡felicidad que tocaba, y no podía go-
„ zar! ¡Qué designio no he soñado! ¡Qué
„ sueño no ha salido de este triste co-
„ rrazon! Algunas veces fixando sobre
„ ti mi vista en medio del desierto, lle-
„ gaba á formar deseos tan insensatos
„ como culpables. Ya hubiera querido

„ser la única criatura que contigo vi-
„viese en la tierra : ya sintiendo una
„divinidad que me detenía en mis hor-
„ribles ímpetus , deseaba que esta di-
„vinidad se aniquilase , con tal que es-
„trechada yo entre tus brazos , cayese
„de abismo en abismo con los despo-
„jos de Dios y del mundo. En este
„instante mismo ::: ¿ lo diré ? ahora que
„la eternidad va á devorarme , que voy
„á comparecer delante del juez inexô-
„rable , en el momento en que por o-
„bedecer á mi madre , la virginidad
„arrebata tras sí mi vida ; por una con-
„tradiccion terrible abrigo todavía el
„sentimiento de no haber sido tuya.”

„Hija mia , interrumpió el Misione-
„ro , el dolor te enagena , el exceso
„de pasion á que te abandonas , rara
„vez es justo : no está en la natura-
„leza , y en esto es ménos culpable á
„los ojos de Dios , pues supone mas
„un extravío del entendimiento , que
„un vicio en el corazon. Debias ha-

„ber refrenado esos ímpetus indignos
 „de tu inocencia ; pero tambien , hija
 „mia , tu fogosa imaginacion te alarmó
 „demasiado sobre tus votos. La religion
 „no exíge un sacrificio sobrehumano ;
 „sus verdaderos sentimientos , sus vir-
 „tudes templadas son muy superiores á
 „los sentimientos exáltados , á las vir-
 „tudes violentas de un falso heroismo ::::
 „
 „ ¡Pobre oveja descarriada ! Los
 „tesoros de la penitencia están siem-
 „pre abiertos. Para borrar las faltas á
 „los ojos de los hombres son necesarios
 „torrentes de sangre ; una lágrima so-
 „la basta para Dios. Asegúrate pues,
 „hija mia , tu situacion necesita des-
 „canso : dirijámonos á Dios , que cu-
 „ra todas las llagas de sus siervos. Si
 „su voluntad es , segun confio , el li-
 „bertarte de esta enfermedad , yo es-
 „cribiré al Obispo de Québec , en quien
 „residen las facultades necesarias para
 „dispensar tus votos , pues solo son

„simples, y acabarás tus días con tu
„esposo Chactas.”

A estas palabras del anciano acomete á Atala una convulsion de que no salió, sino para dar muestras de un dolor espantoso. „¡Ah! dixo juntando ambas manos con expresion; ¡con que habia remedio para mí! ¡podia mi voto dispensarse!” „Sí, hija mia, respondió el Padre, y puede todavía :::: „Ya es tarde, exclamó, es preciso morir en el momento de saber, que podia ser dicha cosa: ¡qué no haya conocido ántes á este santo misionero! ¡Qué dicha disfrutara en este dia contigo, con Chactas ya christiano! :::: Consolada, tranquilizada por este sacerdote augusto :::: en este desierto para siempre :::: ¡Oh, era demasiada felicidad!” „Sosiégate, le dixe, tomando una de las manos de la desgraciada, sosiégate, nosotros vamos á disfrutar tan gran ventura.” „Jamás, jamás, dixo

„Atala.” „¿Cómo? le repliqué: Aun no
 „lo sabes todo, añadió; ayer ::: duran-
 „te la tempestad ::: tú me estrecha-
 „bas ::: tuya es la culpa ::: iba á vio-
 „lar mis votos ::: á sumergir á mi ma-
 „dre en las llamas del abismo ::: Su
 „maldición iba á caer sobre mí; ya
 „ofendia al Dios que me salvó la vi-
 „da ::: Quando besabas mis trémulos
 „labios, no sabias ::: ¡no, que tus
 „brazos no estrechaban sino á la muer-
 „te!” „¿Cielos, exclamó el misione-
 „ro, qué has hecho, querida hija?
 „Un crimen, padre mio, respondió
 „Atala con los ojos desencajados; pe-
 „ro perdiéndome á mí misma, salva-
 „ba á mi madre.” „Acaba pues, excla-
 „mé lleno de espanto, acaba” ¡Ay!
 „dixo, previendo mi debilidad al dexar
 „las cabañas traxe conmigo ::: ¿Qué?
 „reliqué con horror ::: ¡Un veneno! :::
 „dixo el padre. „Ya está en mi cora-
 „zon, exclamó Atala.”

El hacha salta de la mano del so-

litario: yo caigo morimundo junto á esta jóven desventurada: él nos recoge á los dos en sus brazos paternales, y los tres en la obscuridad, mezclamos un instante nuestros sollozos sobre este fúnebre lecho.

„Despertemos: despertemos: dixo
 „luego el esforzado ermitaño, encen-
 „diendo una lámpara. Estamos perdien-
 „do momentos muy preciosos: intrépi-
 „dos christianos, desafiamos los asaltos
 „de la adversidad: con la cuerda al cue-
 „llo, y la ceniza sobre la cabeza, pos-
 „trémonos ante el Todo-poderoso pa-
 „ra implorar su clemencia, ó someter-
 „nos á sus decretos: acaso es tiempo
 „todavía. Hija, debiste avisarme ayer
 „tarde.” „¡Ay, padre mio, dixo Atala,
 „os busqué en la noche anterior; pero
 „el cielo en castigo de mis faltas os a-
 „lejó de mí. Por otra parte hubiera
 „sido inútil todo socorro, porque los
 „indios mismos tan diestros en los ve-
 „nenos, no conogen remedio alguno

„para el que he tomado. Juzga, ó
„Chactas, mi admiracion quando he
„visto que el golpe no era tan ac-
„tivo como esperaba; el amor ha
„redoblado mis fuerzas, y mi alma
„no ha podido separarse de ti tan
„presto.”

No interrumpí entónces la narracion de Atala con suspiros, sino con arrebatos que solo conocen los salvages. Me revolví furioso sobre la tierra, torciendo los brazos, y mordiéndome las manos. El sacerdote con una maravillosa ternura corría de el hermano á la hermana, y nos prodigaba los socorros. Con toda la calma de su corazon, y el peso de sus años, sabia hacerse escuchar de nuestra juventud; y su sublime religion le inspiraba acentos mas tiernos y encendidos, que nuestras pasiones mismas. Este sacerdote, que 40 años habia se sacrificaba diariamente en estas montañas al servicio de Dios y de los hombres, me

presentaba un gran holocausto humeando perpetuamente ante el Señor sobre lugares elevados.

¡Ay! en vano se esforzó para acudir con algún remedio á los males de Atala. La fatiga, el sobresalto, el veneno, y una pasión mas mortal que todos los venenos juntos, se reunian para arrebatár á la soledad esta flor. Al caer la tarde se manifestáron síntomas horrorosos. Un entorpecimiento general ataba sus miembros, y las extremidades de su cuerpo comenzaban á enfriarse: „Toca mis dedos, me digo: ¿no los encuentras helados?” Yo no sabia que responder, y mis cabellos se erizaron de horror. „En seguida, añadió: ayer, querido hijo, solo tu tacto me hacia estremecer, y ahora ya no siento tu mano ::: apenas oigo tu voz; los objetos de la gruta desaparecen sucesivamente ::: ¿son los paxarillos que cantan? el sol debe ponerse ahora ::: ¡Chactas! sus

„rayos serán hermosos sobre mi tumba en el desierto.”

Advirtiéndole que estas expresiones excitaban nuestro llanto, nos dixo: „Perdonadme, buenos amigos: estoy muy débil; ¡pero acaso voy á fortalecerme! ::: ¡Sin embargo, morir tan jóven! ¡en este mismo momento! ¡quando mi corazón estaba tan lleno de vida! ::: Xefe de la oracion, compadécete de mí: sostenme. ¿Crees que mi madre esté satisfecha, y que Dios me perdonará?”

Hija mia, respondió el buen religioso derramando lágrimas, y enxugándolas con los trémulos y mutilados dedos. „Hija mia, tu educacion, y la falta de conocimientos necesarios te han perdido: ignorabas que una christiana no puede disponer de su vida. Consuélate, querida hija: Dios te perdonará por la sencillez de tu corazón. Tu madre, y el imprudente que la dirigia han sido mas cul-

„pables que tú : han excedido tus fa-
„cultades arrancándote un voto indis-
„creto ; pero la paz del Señor sea
„con ellos. Vosotros presentais todos
„tres un terrible exemplo de los ries-
„gos del entusiasmo , y defecto de
„luzes en materia de religion. Tran-
„quilízate , hija mia. El que penetra
„los corazones te juzgará por tu in-
„tencion que era pura , y no por tu
„culpable proceder.”

„Por lo que hace á la vida , si ha
„llegado el momento de reposar en el
„Señor ; ¡ ah , hija mia , quán poco has
„perdido en este mundo ! á pesar de
„la soledad en que has vivido , no
„has dexado de conocer el sobresalto :
„¿ qué pensarias pues si hubieses expe-
„rimentado los males de la sociedad ,
„si arribando á las playas de Euro-
„pa , hubieran penetrado en tu alma
„los gritos de dolor que se levantan
„en este antiguo pais ? El habitante de
„la cabaña y el del palacio , todos pa-

„decen y gimen en la tierra: las rey-
„nas se han visto llorar como las sim-
„ples particulares, y causa admiracion
„el ver la cantidad de lágrimas que
„contienen los ojos de los reyes.”

„¿Es por ventura el amor lo que
„echas ménos, hija mia? ¿tan digno es
„de ser llorado un sueño? ¿conoces
„tú el corazon del hombre, y podrias
„calcular la inconstancia de sus de-
„seos? Mas fácil es reducir á número
„las olas que el mar levanta en una
„tempestad. Los sacrificios, los favo-
„res, no son lazos eternos; acaso un
„dia hubiese venido el disgusto con
„la hartura: y contando por nada lo
„pasado, no se hubieran visto mas que
„los inconvenientes de una union po-
„bre y despreciable. Sin duda, hija
„mia, los mas felices amores fuéron
„los de los dos esposos, que primero
„saliéron de la mano del Criador. Pa-
„ra ellos se habia formado un parai-
„so: eran inocentes é inmortales. Per-

„fectos en alma y cuerpo , en todo
„eran análogos : Eva habia sido cria-
„da para Adan , y Adan para Eva.
„Sino obstante no pudieron mantener-
„se en tal estado de felicidad , ¿quién
„podrá lograrlo despues de ellos? No
„te hablaré de los matrimonios de los
„primeros hijos de los hombres , de
„aquellos enlaces inefables que se ha-
„cian , quando la hermana era esposa
„del hermano , quando el amor y la
„amistad fraterna se confundian en un
„mismo pecho , y la pureza de la una
„aumentaba las delicias del otro. To-
„das estas uniones han sido turbadas:
„los zelos han penetrado hasta el aí-
„tar de césped sobre el qual se inmo-
„laba el cabritillo ; se introduxeron en
„la tienda de Abrahan , y aun en los
„lechos donde los patriarcas desfru-
„taban tanta alegría , que olvidaban
„hasta la muerte de sus madres. ¿Te
„hubieras tú lisonjeado , hija mia , de
„ser en tus lazos mas inocente y di-

„ chosa , que las santas familias de que
 „ Jesu Christo ha querido descender?
 „ Dexo á un lado los cuidados domés-
 „ ticos , las disputas , las mutuas que-
 „ jas , las inquietudes y todas las pe-
 „ nalidades secretas , que velan sobre
 „ la cabecera del lecho conyugal. La
 „ muger se casa llorando , y vé reno-
 „ vados sus dolores cada vez que es
 „ madre. ¡ Quántos males en sola la pér-
 „ dida de un recién nacido á quien da-
 „ ba su leche , y que espira sobre su
 „ seno ! Los montes se llenaban de ge-
 „ midos , nada podia consolar á Ra-
 „ quel , porque sus hijos ya no exís-
 „ tian. Estos sobresaltos compañeros de
 „ la ternura humana son tan fuertes ,
 „ que acabamos de ver grandes seño-
 „ ras amadas de reyes , abandonar la
 „ corte para encerrarse en los claus-
 „ tros , y mortificar esta carne rebelde
 „ cuyos placeres no son sino dolores.”
 „ Pero acaso me dirás , que á ti no
 „ te tocan estos últimos exemplos ; que

„toda tu ambicion se reducía á vivir
„en una obscura cabaña con el hom-
„bre que habias elegido : que buscabas
„ménos las dulzuras del himeneo , que
„los encantos de esa locura que la ju-
„ventud llama amor ; ilusion , quime-
„ra , vanidad , sueño de una fantasía
„herida. ¡ Tambien , hija mia , he su-
„frido las tempestades del corazon !
„no siempre ha estado despoblada es-
„ta cabeza , ni este pecho tan tran-
„quilo como ahora parece. Creed á mi
„experiencia : si el hombre constante
„en sus afecciones pudiese alimentar un
„sentimiento incesantemente renovado,
„sin duda ::::
„Pero el alma del hombre se cansa , y
„jamás ama largo tiempo con todo su
„corazon al mismo objeto. Siempre hay
„algunos puntos que no son de con-
„tacto para dos amantes , y esto á
„la larga basta para hacer la vida in-
„soportable.”
„En fin , querida hija , el gran ex-

„ror de los hombres en su sueño de
„felicidad, es olvidarse de esta pensión
„del morir, unida á su naturaleza.
„Es preciso acabar y disolverse. Qual-
„quiera que hubiese sido tu suerte, el
„tiempo trocaria tu hermoso rostro en
„esa figura uniforme que da el sepul-
„cro á la familia de Adan; y los ojos
„del mismo Chactas no podrian reco-
„nocerte entre tus hermanas de sepul-
„cro. El amor no extiende su impe-
„rio sobre los gusanos del féretro. ¡Qué
„digo! ¡qué hablo del valor de las a-
„mistades de la tierra! ¿Quieres, hija
„mia, conocerlo á fondo? Si un hom-
„bre volviera á la luz algunos dias des-
„pues de su muerte, dudo que le vie-
„sen otra vez con gusto aquellos mis-
„mos que mas lágrimas derramaron á
„su memoria. ¡Con tanta facilidad se
„forman nuevos lazos! ¡tan pronto
„se adquieren nuevos hábitos! ¡tan
„natural es al hombre la inconstan-
„cia, y tan poco importante nuestra

„vida aun en el corazón de nuestros
„amigos!”

„Da gracias, hija mía, á la divi-
„na bondad, porque tan pronto te ha
„sacado de este valle de miserias ::: .

„.....

Como al postrer rayo del día caen los vientos, y se esparce la calma en el cielo embellecido; así aplacó el discurso del anciano las pasiones exaltadas en el pecho de mi amante, que no se mostró ocupada sino de mi dolor, y de los medios de hacerme soportable su pérdida. Ya me decía: „moriré dichosa, si me prometes enxugar tus lágrimas.” Ya me hablaba de mi madre, de mi patria, y trataba de distraerme del dolor presente, despertando en mí otros recuerdos. Me exhortaba á la paciencia y á la virtud. „No, no serás siempre desgraciado, me decía; si el cielo te prueba ahora, es solo para hacerte mas compasivo con los males de los demas. Chactas, el

„corazon es como esos árboles , que no
„dan su bálsamo para las heridas de
„los hombres , hasta que el hierro ha
„herido su mismo tronco.”

Dicho esto se volvió hácia el misionero buscando en él el consuelo que me habia hecho sentir ; y alternativa-mente consoladora y consolada daba y recibia la palabra de vida , sobre el lecho de muerte.

El ermitaño aumentaba su zelo á medida que crecia nuestra desgracia: todos sus miembros se habian reanimado por el ardor de la caridad , y preparando siempre remedios , atizando el fuego , y refrescando el lecho hacia admirables discursos sobre Dios y la felicidad de los justos. Con la antorcha de la religion en la mano parece que guiaba á Atala en la tumba , para descubrirle maravillas secretas. La humilde gruta estaba llena de la grandeza de este fin christiano , y sin duda los espíritus celestes asistian á una

escena, en que la religion luchaba sola contra el amor, la juventud y la muerte.

Triunfaba esta religion divina, manifestándose su victoria en la santa melancolía que sucedió en nuestras almas á los primeros ímpetus de las pasiones. Hacia la media noche Atala pareció que se animaba para repetir las oraciones pronunciadas por el religioso junto á su lecho. Poco despues extendió hácia mí su mano, y con una voz que apénas se percibia, me dixo: „¿Te acuerdas, hijo de Ontalissi, de aquella primera noche en que me tuviste por la vírgen de los postreros amores? ¡Oh, presagio singular de nuestro destino! Detúvose un momento, y prosiguió: quando contemplo que te dexo para siempre, mi corazon hace tales esfuerzos para revivir, que quasi siento en mí el poder de hacerme inmortal, á fuerza de amarte. ¡Mas cúmplase tu voluntad, Dios mio! A-

„tala calló durante algunos momentos,
 „añadiendo : Solo me resta pedirte per-
 „don de los males que te he causado:
 „mi orgullo y mis caprichos te han
 „hecho sufrir mucho. Chactas, un po-
 „co de tierra esparcida sobre mi cuer-
 „po va á poner entre ambos todo un
 „mundo, y á aliviarte para siempre de
 „mis infortunios.”

„¡ Perdonarte, respondí anegado en
 „lágrimas! ¿ No soy yo el que ha cau-
 „sado tus desyenturas?” „Amigo mio,
 „dixo interrumpiéndome, tú me has
 „hecho dichosísima, y si estuviese en
 „el principio de mis días, prefiriera aun
 „la dicha de amarte algunos instantes
 „en destierro infeliz, á toda una vi-
 „da de reposo en mi patria.”

Aquí desfalleció la voz de Atala:
 las sombras de la muerte se extendie-
 ron en torno de sus ojos y de sus la-
 bios; sus dedos errantes buscaban algo
 que tocar, y en voz baxa conversaba
 con los espíritus invisibles. Haciendo

luego un esfuerzo, procuró, pero en vano, descolgar del pecho un crucifijo, y me rogó que yo mismo lo desatase, diciendo:

„Quando te hablé la primera vez
„junto á la hoguera, viste brillar es-
„ta cruz en mi pecho al resplandor
„del fuego. ¡Oh! este es el único bien
„que Atala posee. Lopez tu padre y
„el mio se la envió á mi madre quan-
„do nací. Recibe pues esta herencia,
„hermano mio; consévala en memo-
„ria de mis desventuras: tú recurrirás
„al Dios de los desgraciados en los
„sobresaltos de la vida, y acaso de-
„dicarás una lágrima á tu amante. Chac-
„tas, tengo que hacerte la última súp-
„plica. Nuestra union no podia ser sino
„corta sobre la tierra; pero despues
„de esta vida hay otra mas dudadera.
„¡Quán terrible fuera separarse de ti pa-
„ra siempre! no hago mas que prece-
„derte hoy, para esperarte en el im-
„perio celeste. Si me has amado, jó-

„ven idólatra, haz que te instruyan en
 „la religion christiana que prepara nues-
 „tra eterna reunion. Esta religion di-
 „vina obra á tu vista un gran mila-
 „gro, haciéndome capaz de dexarte
 „sin morir entre las congojas de la de-
 „sesperacion. Sin embargo, Chaetas, so-
 „lo te pido una simple promesa: sé
 „demasiado lo que cuesta para exígir-
 „te un juramento. ¿Acaso este voto
 „te separaria de otra mas dichosa que
 „yo? :::: ¿Habrá quien te ame como
 „Atala? :::: ¡Oh madre, perdona á tu
 „hija descarriada! :::: ¡Ah, yo caigo
 „otra vez en mis debilidades; y te
 „robo., Dios mio, pensamientos que
 „deberian ser todos tuyos!”

Traspasado de dolor, y dando ta-
 les sollozos, que como si el pecho fue-
 ra á romperse, prometí á Atala abra-
 zar un dia la religion christiana. A es-
 te espectáculo el solitario levantándose
 con ayre de inspiracion, y extendien-
 do sus brazos hácia la bóveda de la

gruta: „Ya es tiempo, exclamó, ya es tiempo de llamar aquí á Dios.”

Apénas pronunció estas palabras, quando una fuerza sobrenatural me obliga á caer de rodillas, é inclinar mi cabeza á los pies de Atala. El sacerdote abre un lugar secreto, donde se encerraba una urna de oro cubierta de un velo de seda: se arrodilla, y hace una adoracion profunda. La gruta de improviso apareció iluminada; oyéronse en los ayres palabras de ángeles, y sonidos de harpas celestes; y quando el solitario sacó el vaso sagrado de el tabernáculo, yo creí ver al mismo tiempo al Señor que salia del costado del monte.

El sacerdote abrió el cáliz, tomó con sus dedos una hostia blanca como la nieve, y acercándose á Atala pronunció palabras misteriosas. Ella estaba en éxtasis con los ojos levantados al cielo; todos sus dolores parece que se habian calmado; todos sus espíritus

se reuniéron sobre su boca, y sus labios entreabiertos fuéron á buscar á Dios oculto baxo del pan místico. En seguida el santo anciano empapa un poco de algodón en el oleo sagrado, y frota las sienes de Atala; mira un instante á la moribunda; y de repente prorrumpe en estas fuertes palabras: „Sal, „alma christiana, y ve á unirte con „tu Criador.” Levantando entónces mi cabeza inclinada, exclamé mirando él vaso en que estaba el oleo santo: „¿Pa- „dre mio, este remedio volverá la vi- „da á Atala?” „Sí, hijo mio, dixo „el anciano, cayendo en mis brazos, „la vida eterna.” Atala acababa de espirar.

Aquí Chactas hubo de interrumpir segunda vez su narracion. Las lágrimas le inundaban, y su voz no hacia mas que proferir palabras mal pronunciadas. El ciego Sachem abrió su pecho, y sacando el crucifixo de Atala, exclamó: „He aquí, René, la prenda de la

„adversidad! ¡oh hijo mio! tú lo ves,
„yo no puedo verlo mas, dime: ¿Des-
„pues de tantos años no se ha altera-
„do el oro? ¿No reparas en él la hue-
„lla de mis lágrimas? ¿Podrias reco-
„nocer el sitio donde mi querida to-
„có con sus labios? ¿Cómo Chactas no
„es aun christiano? ¿Qué frívolas ra-
„zones de política y de patria le han
„mantenido hasta aquí en los errores
„de sus padres? No quiero retardarlo
„mas. La tierra clama: ¿Quándo des-
„cenderás á la tumba? ¿Qué esperas pa-
„ra abrazar una religion divina?” ¡Oh!
tierra, no me aguardarás largo tiempo;
confio unirme á Atala en el momento,
que un sacerdote haya rejuvenecido
con el agua esta cabeza encanecida por
los sobresaltos; pero concluyamos lo
que resta de mi historia.

LOS FUNERALES.

No será mi intento pintarte ahora la desesperacion que se apoderó de mi alma , quando Atala exhaló el último suspiro. Era preciso tener mas calor del que me resta , y que mis cerrados ojos pudieran abrirse al sol , para pedirle cuenta de las lágrimas que derramaron quando veia su luz. Sí : esa luna que resplandece sobre nuestras cabezas se cansará de alumbrar las soledades de Kentucky ; el rio que conduce al presente nuestras piraguas suspenderá el curso de sus ondas , ántes que mis lágrimas dexen de correr por Atala. Dos dias enteros me mantuve insensible á los discursos del ermitaño.

Esforzándose para calmar mi dolor no empleaba las vanas razones terrenas , contentábase con decirme : Esta es la voluntad de Dios, hijo mio ; y

me estrechaba entre sus brazos. A no haberlo experimentado yo mismo, jamas hubiera creído que encerrasen tal consuelo estas palabras del christiano resignado.

La ternura, la unción é inalterable paciencia del siervo del Todo-poderoso vencieron en fin la obstinacion de mi dolor. Avergonzado de las lágrimas que le obligaba á derramar, le dixe: „Padre mio, no turben mas la paz de tus dias las pasiones de un jóven. Permíteme llevar conmigo los restos de mi amante, para sepultarlos en qualquier sitio del desierto; y si todavía estuviese condenado á vivir, procuraré hacerme digno de las bodas eternas que Atala me ha prometido.”

El buen padre lleno de gozo al ver recobrado mi esfuerzo, exclamó: „¡Oh sangre de Jesu Christo, sangre de mi divino maestro! aquí reconozco tus méritos. Tú salvarás sin

„duda á este jóven. ¡Oh mi Dios! acaba tu obra, vuelve la paz á esta alma turbada, y de sus desgracias déxale solo recuerdos humildes y saludables.”

El varon justo rehusó, que llevase conmigo el cuerpo de mi amante; pero me propuso, que haria venir la mision para enterrar á la hija de Lopez con toda la pompa christiana; lo que rehusé tambien por mi parte. „Las desgracias y las virtudes de Atala, le dixé, han estado desconocidas para los hombres; que su tumba ocultamente abierta por tu mano y la mia partícipe de esa obscuridad.” Convenimos que al dia siguiente al rayar la aurora partiríamos á enterrar á Atala, debaxo del arco del puente natural, junto á las arboledas de la muerte: y así pasamos la noche orando junto al cuerpo de Atala.

Por la tarde conduximos estos preciosos restos á una abertura de la gru-

ta que daba hácia el norte. El ermitaño los habia envuelto en una pieza de lino de Europa hilado por su madre, única prenda que le quedaba de su antigua patria, y destinada para su propia tumba. Atala estaba tendida sobre un césped de sensitivas, descubiertos sus pies, cabeza, espalda, y una parte de su seno. En sus cabellos se veia la flor de magnolia deshojada; ¡aquella misma que mi mano habia puesto sobre el lecho de la vírgen para fecundizarla! Parecia que sus labios, como un boton de rosa cogido despues de dos auroras, iban á sonreirse en su desfallecimiento. En sus mexillas de una blancura resplandeciente, se veian algunas venas azules: los hermosos ojos estaban cerrados: sus pies modestos unidos; y las manos de alabastro apretaban sobre su corazon un Crucifixo de ébano, teniendo ceñido el escapulario de sus votos.

Parece que estaba encantada por el

ángel de la melancolía , y el doble sueño de la inocencia y la tumba. Mis ojos no han visto cosa mas celestial : y el que ignorara que esta Vestal habia tenido vida , la tendria por la estatua de la virginidad dormida.

El religioso no cesó de orar en toda la noche , y yo estuve sentado con profundo silencio á la cabecera del fúnebre lecho de mi Atala. ¡Quántas veces habian sostenido mis rodillas esta cabeza encantadora durante su sueño ! ¡Quántas me habia reclinado sobre ella para percibir y respirar su aliento ! Pero al presente no salia ruido alguno de este pecho inmóvil ; y en vano aguardaba el despertar de la belleza.

La luna prestó su pálida antorcha á la vigilia fúnebre. En medio de la noche se levantó como una blanca Vestal , que viene á llorar sobre el féretro de una compañera. No tardó en extender en los bosques ese gran secreto de melancolía , que con tanto

gusto cuenta á las añosas encinas, y á las antiguas playas de los mares. De tiempo en tiempo el religioso bañaba un ramo florido en agua consagrada, y sacudiéndolo despues perfumaba la noche con aromas celestiales. Cada vez repetia con un canto antiguo algunos versos de un poeta llamado Job, y decia:

„Yo he pasado como una flor; y
„me he secado como la yerba de los
„campos.

„¿Por qué ha sido concedida la luz
„al miserable; y la vida á los que pa-
„decen amargura de corazon?”

Así cantaba el anciano de los hombres, y su voz grave y cadenciosa iba girando en el silencio del desierto. El nombre de Dios y el de sepulcro salian de todos los ecos, de todos los torrentes, y de todos los bosques. Mezclábanse á estos fúnebres cantos los

arrullos de las palomas de Virginia, la caída de un torrente de la montaña, el sonido de la campana que llamaba á los viageros; y en los bosques de la muerte parece que se escuchaba el lejano coro de los muertos, contestando á la voz del solitario.

Entre tanto se formó en el oriente una barra de oro. Los gavilanes chillaban desde los peñascos, las martas entraban en los huecos de los olmos: esta era la señal del entierro de Atala. Cargado el cuerpo sobre mis hombros, y el ermitaño delante con una pala de hierro, principiámos á baxar de peñasco en peñasco. La ancianidad y la muerte hacian igualmente lentos nuestros pasos. Mis lágrimas se desataron á la vista del perro, que nos descubrió en el bosque, y que nos señalaba otro camino, saltando de gozo. Muchas veces la larga cabellera de Atala, juguete del vientecillo de la mañana, extendia su velo de oro sobre

mis ojos: otras fatigado con la carga era preciso dexarla sobre el musco, y sentarme al lado para recobrar las fuerzas. Al fin llegamos al lugar señalado por mi dolor, y baxamos al arco del puente. ¡Oh hijo mio! era preciso haber visto como un jóven salvage y un anciano sacerdote christiano cavaban con sus manos un sepulcro para la infeliz muger, cuyo cuerpo estaba tendido cerca de allí en el seco cauce de un torrente.

Concluida nuestra obra, conduximos la belleza á su lecho de arcila. ¡Ay! yo habia confiado preparar para ella otro lecho. Entónces tomando un poco de polvo, y guardando un silencio terrible, fixé por la última vez los ojos en el rostro de Atala. En seguida esparcí la tierra antigua sobre una frente de diez y ocho primaveras. Vi desaparecer por grados las facciones de mi amante, y ocultarse sus gracias baxo el velo de la eternidad. Su seno soprepujó algun tiempo la tier-

ra ennegrecida, al modo que del centro de una negra arcila, sale una blanca azucena. „¡Lopez, exclamé entonces, he aquí á tu hijo que sepulta á su hermana! y acabé de cubrir á Atala con la tierra del sueño.”

Volvimos á la gruta, donde comuniqué al misionero el proyecto que habia formado de quedarme en su compañía. El santo que conocia maravillosamente el corazon del hombre descubrió mi intencion, y el artificio de mi dolor, y me dixo: „Chactas, hijo de Oufalissi, mientras Atala ha vivido deseaba que permanecieses en estos desiertos; pero ahora que tu suerte ha cambiado, te debes todo á tu patria.”

„Créeme, hijo mio, el dolor no es eterno; tarde ó temprano es preciso que acabe, porque el corazon del hombre es finito; y una de nuestras grandes miserias, es que no seamos capaces de ser largo tiempo des-

„graciados. Vuelve al Meschacebé: ve
„á consolar á tu madre, que te llo-
„ra todos los dias, y necesita tu apo-
„yo. Quando tengas proporcion hazte
„instruir en la religion de tu querida
„Atala, y acuérdate que has prome-
„tido ser virtuoso y christiano. Yo
„velaré sobre el sepulcro de tu herma-
„na: parte, hijo mio; en el desierto
„te seguirán Dios, el alma de tu a-
„mante, y la memoria de tu amigo
„el anciano de la montaña.”

Tales fuéron las palabras del hom-
bre de la gruta: su autoridad era de-
masiado grande, y muy profunda su
sabiduría para no obedecerle. Al dia
siguiente dexé á mi huésped, que es-
trechándome sobre su corazon me dió
sus últimos consejos, su última bendi-
cion, y sus últimas lágrimas; y me diri-
gí al sepulcro de Atala. Sorprehendió-
me el hallar una cruz pequeña, que se
manifestaba sobre la muerte, al modo
que se descubre el mástil de un navío

que ha padecido naufragio. Juzgué que el solitario habia ido á orar sobre el sepulcro durante la noche, y esta prueba de su amistad y religion me hizo derramar abundantes lágrimas. Estuve tentado de abrir el sepulcro, y ver á mi amante todavía una vez: mas un temor religioso me detuvo. Sentéme sobre la tierra recién movida, y apoyado un codo sobre las rodillas, y sostenida en mi mano la cabeza, quedé sepultado en el mas amargo sueño. ¡Oh René! allí fué donde por la primera vez reflexioné sériamente sobre la vanidad de la vida, y la vanidad aun mayor de nuestros proyectos. ¡Ay hijo mio! ¿quién no ha hecho estas reflexiones? yo no soy mas que un viejo ciervo encanecido por los inviernos: mis años compiten con los de la corneja; y á pesar de tantos dias amontonados sobre mi cabeza, á pesar de tan larga experiencia de la vida, no he encontrado hombre, que no haya sido enga-

ñado en sus sueños de felicidad: ningún corazón que no mantuviese una llaga oculta. El pecho mas sereno en la apariencia se semeja á los pozos naturales de la sávana Alechua, cuya superficie parece tranquila y pura; pero quando miras al fondo del sosegado cauce, reparas el corpulento cocodrilo, que alimenta el pozo en las ondas.

Habiendo visto salir y ponerse el sol en este sitio de dolor, al dia siguiente, al primer chillido del pelícano me dispuse á dexar el sepulcro sagrado, y partí como del punto, desde donde queria lanzarme en la carrera de la virtud.

Llamé tres veces al alma de Atala, y otras tantas respondió á mis voces el genio del desierto debaxo del arco fúnebre. En seguida saludé al oriente; y á lo léjos en los senderos del monte descubrí al ermitaño, que se dirige á la cabaña de algun infelice. Hincándome de rodillas, y abrazando estre-

chamente el sepulcro, exclamé: „¡Duer-
 „me en paz en extranjero pais, hi-
 „ja desafortunada! En premio de tu
 „amor, de tu destierro y de tu muer-
 „te, vas á ser abandonada hasta del
 „mismo Chactas.” Con esto me sepa-
 ro de la hija de Lopez, derramando
 torrentes de lágrimas; y me arranqué
 de estos sitios solitarios, dexando al pie
 del pomposo monumento de la natura-
 leza un monumento aun mas augusto,
 el humilde sepulcro de la virtud.

EPILOGO.

Chactas, hijo de Outalissi, el Nat-
 ché contó esta historia al europeo Re-
 né. Los padres la han ido refiriendo á
 sus hijos; y yo, viagero en remotos pai-
 ses, te he referido fielmente, Lector, lo
 que los indios me han dicho. En esta
 narracion he visto mil cosas: el qua-
 dro del pueblo cazador y el del pue-

blo labrador. La religion primitiva legisladora del salvage: los riesgos de la ignorancia, y del entusiasmo religioso, opuesto á las lúces, á la tolerancia y verdadero espíritu del Evangelio: los combates de las pasiones y de las virtudes en un corazon sencillo: el triunfo en fin del Christianismo sobre el sentimiento mas fogoso, y el temor mas terrible: el amor y la muerte.

Quando me contó esta historia un Siminol me pareció instructiva, y en extremo hermosa, porque él empleó para referir el dolor, la flor del desierto, la gracia de la cabaña, y una sencillez que yo no me lisonjeo de haber conservado. Solo me restaba averiguar, qué habia sido del P. Aubry, y nadie me daba noticia de él. Siempre lo hubiera ignorado, y tú, Lector, igualmente, si la providencia que todo lo dispone, no me hubiese descubierto lo que deseaba. He aquí como sucedió.

Habia yo recorrido las riberas del

Meschacebé , que forman al mediodía las famosas barreras de la Nueva-Francia, y estaba deseoso de ver hácia el norte la otra maravilla de este imperio la catarata de Niagara. Habia llegado á muy corta distancia de esta cascada , en el antiguo pais de los Agononionis (1), quando una mañana atravesando la llanura descubrí una muger sentada debaxo de un árbol , con un niño muerto sobre sus rodillas. Enternecido con tal espectáculo , me acerqué poco á poco á la madre , y oí que decia :

„ Si te hubieras quedado entre nosotros , querido hijo , ¡ con qué gracia hubiera tu mano disparado el arco ! Con brazo nervioso hubieses sujetado al oso feroz , y vencido en la carrera al mas ligero danta en cima de la montaña. Blanco arminio de la roca , ¡ tan jóven te has marchado

(1) *Los Iroqueses.*

„al pais de las almas! ¿Qué has de ha-
„cer para vivir en él? Allí no está tu
„padre para alimentarte con la caza:
„tendrás frio , y ningun espíritu te
„dará pieles con que cubrirte. ¡Oh!
„es preciso que me apresure en reu-
„nirme contigo , para cantarte cancio-
„nes y presentarte mi pecho.”

La madre , concluida esta oracion fúnebre de los desiertos , mecia al hijo en sus rodillas , humedecia sus labios con la leche maternal , y prodigaba á la muerte todos los desvelos que se dedican á la vida.

Esta madre queria que se secase el cuerpo de su hijo sobre las ramas de un árbol , segun la costumbre indiana , para llevarlo despues al sepulcro de sus padres ; y al instante principió la tierna y religiosa ceremonia. Desnudó á su hijo , y respirando algunos momentos sobre su boca , dixo : „ ¡ Alma de mi hi-
„jo , hermosa alma ! tu padre te creó
„antes sobre mis labios por medio de un

„beso; ¡ay! y los míos no han podido
„darte segunda vida.” En seguida descubrió su seno, y apretó por última vez los helados restos, que se hubieran reanimado con el fuego del corazón materno, si Dios no se hubiese reservado en sí el aliento que infunde la vida.

Levantóse y buscó con la vista en el desierto hermosado por la aurora, un árbol sobre cuyas ramas pudiese colocar á su hijo. Eligió un arce de flores encarnadas, festonado de guirnaldas de apio, que exhala los mas suaves perfumes. Con una mano baxó las ramas inferiores, y colocó con la otra el cuerpo del niño. Soltando despues la rama, cobró esta su posición natural, manteniendo oculto entre las olorosas flores el despojo de la inocencia. ¡Cuán interesante es esta costumbre indiana! En sus aéreas tumbas, penetrados los cuerpos de las substancias etereas, sepultados entre espesas hojas y flores, refrescados por el rocío, embalsados por

los vientecillos, mecidos por ellos sobre las mismas ramas, en que el ruiseñor ha formado su nido, y hecho escuchar su doliente melodía; estos cuerpos expuestos así, han perdido toda la fealdad del sepulcro. Si la mano del amante ha suspendido en el árbol de muerte los despojos de su jóven querida; si una madre ha colocado en la morada de los paxarillos los restos de un hijo, entónces el interes se aumenta. ¡Arbol americano, que sosteniendo cuerpos en tus ramas, los separas de la morada de los hombres, acercándolos á la de Dios! yo me he detenido en éxtasis debaxo de tu sombra. Tu sublime alegoría representa el árbol de la virtud: sus raices crecen en el polvo de este mundo: su cima se pierde en las estrellas del firmamento; y sus ramas son los únicos escalones, por donde el hombre, viagero en este globo, puede subir desde la tierra al cielo.

Colocado el hijo sobre el árbol,

la madre quitó un lazo de sus cabellos, y lo colgó de las hojas mientras que el soplo de la aurora mecia en su último sueño al que una mano maternal había dormido tantas veces á la misma hora, en una cuna de musco. Entonces me dirigí en derechura hácia la muger, y puse las dos manos sobre su cabeza, dando los tres gritos de dolor. En seguida sin proferir una palabra tomó cada uno un ramo, y nos pusimos á ahuyentar los insectos que susurraban al rededor del cuerpo: pero tuvimos gran cuidado de no espantar una paloma, cuyo nido estaba próximo, la qual de tiempo en tiempo venia á arrancar al niño un cabello, para hacer mas blando el nido á sus polluelos. La india le decia; „ Palomita, si tú no eres „ el alma de mi hijo que va volando, „ eres sin duda una madre que busca algo con que hacer una cuna. Toma esos „ cabellos, que ya no lavaré mas en agua „ de esquina. Tómalos para dormir tus po-

„luelos. ¡El grande Espíritu te los guarde!

Entre tanto la madre lloraba de gozo viendo la política del extranjero. Al mismo tiempo se acercó un jóven, y la dixo: „Hija de Celuta, recoge á nuestro hijo, ya no nos detendremos aquí mas tiempo, y partiremos al primer sol.” Díxele entónces: „Hermano, yo te deseo un cielo azul, abundancia de cabritillos, un manto de castor y la esperanza. ¿Tú no eres de este desierto? „No, me respondió: nosotros vamos desterrados, y buscamos una patria.” Al decir esto el guerrero inclinó la cabeza hácia el pecho, é hizo caer algunas flores con la punta de su arco. Yo callé viendo que en el fondo de esta historia habia lágrimas encerradas. La muger quitó al hijo de las ramas del árbol, y lo entregó á su esposo para que lo conduxese. El par dichoso miraba al niño, y se sonreia: pero su sonrisa era de llanto. Entónces les dixe: „¿Me per-

„mitireis que esta noche encienda vues-
tro fuego? „Nosotros no tenemos ca-
bañas, replicó el guerrero; si quereis
seguirnos, descansaremos juntos al la-
do de la catarata.” Con mucho gus-
to le respondí: y partimos.

No tardamos en llegar á la orilla de la catarata que se anuncia con un terrible estruendo. Está formada por el rio Niagara, que sale del lago Erié, y se precipita en el lago Ontario, siendo su altura pendicular de 144 pies. Desde el lago Erié hasta el salto, el rio corre declinando por una rápida pendiente; y quando llega á precipitarse ménos que rio, es un mar, cuyos torrentes se agolpan á la anchurosa boca de un abismo. La catarata se divide en dos brazos, doblándose á manera de herradura. Entre las dos cascadas se forma una isla cavada en pendiente, que cae con todos sus árboles hácia el caos de las ondas. El golpe del rio que se precipita al me-

diodía, se envuelve en un vasto cilindro, y extendiéndose despues en cascada de nieve, brilla al resplandecer del sol con todos los colores. La del levante que oae en una sombra espantosa, parece una columna de agua del diluvio. Sobre el abismo se forman y cruzan mil iris: las aguas hieren el peñasco estremecido, saltan en torbellinos de espuma, y se levantan por encima de los bosques, como el humo de un vasto incendio. La escena está adornada de pinos, de nogales silvestres, y de rocas cortadas en forma de fantasmas. Las águilas, arrebatadas por la corriente del viento, descienden dando vueltas al fondo del abismo, y algunos carcejús se suspenden por sus largas colas á la punta de una rama caída, para agarrar en el abismo los cadáveres de las dantas y de los osos.

Miéntas contemplaba este espectáculo con un placer mezclado de terror, la india y su esposo me habian

dexado. Caminé en su busca, subí por la orilla del rio hacia su vertiente, y los encontré en un sitio análogo á su duelo. Estaban recostados sobre la yerba en compañía de unos ancianos; y junto á ellos se veian esqueletos humanos envueltos en pieles de fieras. Admirado de quanto se presentaba á mi vista algunas horas hacia, me senté junto á la madre, y la dixé: „¿Qué es esto, hermana mia?“ „Hermano mio, respondió: esta es la tierra de la patria, los huesos de nuestros abuelos, que nos siguen en esta retirada.“ „¿A tal desgracia, exclamé, os habeis visto reducidos?“ La hija de Celuta respondió: „Nosotros somos los restos de los Natches. Despues de la gran mortandad que los Franceses hicieron en nuestra nacion para vengar á sus hermanos, los que se libertáron de las manos del vencedor, encontráron asilo entre los chikassas, nuestros vecinos. Allí hemos perma-

„necido tranquilos algun tiempo; pe-
„ro hace siete lunas, que los blan-
„cos de Virginia se han apoderado de
„nuestros terrenos, diciendo, que un
„rey de Europa se los habia concedi-
„do. Levantando los ojos al cielo, y
„cargados con las cenizas de nuestros
„abuelos, hemos emprendido la mar-
„cha por medio de los desiertos. Yo
„he dado á luz en el camino ese ni-
„ño; y como mi leche era dañosa
„á causa del dolor, ha emponzoñado
„á mi hijo.” Al decir esto enxugaba
las lágrimas con sus cabellos, y yo
lloraba tambien.

„Hermana mia, la dixé luego: a-
„doremos al grande Espíritu, todo su-
„cede por decreto suyo: los desgra-
„ciados no lo serán siempre, y hay
„un sitio donde no llorarán mas. Si-
„no temiese tener la lengua tan lige-
„ra como un blanco, te preguntaria
„si habias oido hablar de Chactas el
„Natche.” Al oirme la india, me miró,

diciendo : „¿Quién os ha hablado de
„Chactas el Natche?” „La sabiduría,
„respondí.” La India añadió : „Os
„contaré quante sepa , porque habeis
„ahuyentado los insectos del cuerpo de
„mi hijo , y acabais de decir palabras
„sublimes sobre el grande Espíritu. Yo
„soy la hija de la hija de René el
„Europeo , á quien Chactas habia a-
„doptado. Chactas que recibió el bau-
„tismo , y René mi abuelo perecieron
„en la mortandad.” „¡El hombre ca-
„mina siempre de dolor en dolor , ex-
„clamé haciendo una inclinacion ! Tam-
„bien podrias tener noticias del P. Au-
„bry.” „No ha sido mas afortunado
„que Chactas , dixo la India. Supimos
„que los cheroqueses , enemigos de los
„franceses , habian penetrado hasta su
„mision , guiados por el sonido de la
„campana , que se tocaba para socorrer
„á los viageros. El P. Aubry podia sal-
„varse , pero no quiso abandonar á sus
„hijos en la desgracia , y quedó para

„esforzarlos á morir con su exemplo.
„Fué quemado entre grandes tormen-
„tos ; pero jamas pudieron arrancarle
„una palabra , que cediese en deshon-
„ra de Dios ó de su patria. Miéntas
„duró el suplicio , no dexó de rogar
„por sus verdugos , y de compadecer á
„las víctimas de que se veia rodeado.
„Los cheroqueses , ansiosos de arran-
„car una muestra de flaqueza á este
„guerrero de los exércitos del cielo,
„lleváron á su presencia á un salva-
„ge christiano , que habian mutilado
„de un modo horrible. Pero se sor-
„prehendiéron al ver aquel jóven hin-
„carse de rodillas , y besar las heri-
„das del anciano , que clamaba con
„faz serena : „Hijo mio , nosotros he-
„mos sido puestos en espectáculo pa-
„ra el mundo , los ángeles y los hom-
„bres. „Enfurecidos los indios le intro-
„duxeron por la garganta un hierro ar-
„diendo para impedirle que hablase.
„Entónces , no pudiendo servir ya de

„consuelo á los hombres , espiró.”

„Se cuenta que los cheroqueses,
„por mas que estaban acostumbrados
„á ver á los salvages sufrir con cons-
„tancia , no pudieron ménos de con-
„fesar , que en el humilde esfuerzo del
„P. Aubry habian visto un no sé qué
„desconocido para ellos , y superior á
„todos los esfuerzos de la tierra. Y con-
„movidos con muerte tan exemplar,
„un gran número abrazó la religion
„christiana.”

„Algunos años despues , á su vuel-
„ta de la tierra de los blancos , supo
„Chactas las desventuras del P. de la
„oracion , y partió á recoger sus ce-
„nizas y las de Atala. Atravesó el de-
„sierto ; llegó adonde estaba situada
„la mision ; pero apenas pudo recono-
„cer el sitio. El lago habia salido de
„madre , y la sávana se habia conver-
„tido en una laguna inaccesible. El
„puente natural desencaxado , habia en-
„vuelto en sus ruinas el sepulcro de

„Atala , y las arboledas de la muerte.
„Chactas vagó largo tiempo en estos
„sitios : visitó la gruta del solitario,
„la encontró llena de zarzas y fram-
„buesos., donde una cierva daba de
„mamar á su cervatillo. Sentóse sobre
„la piedra de la vigilia de la muerte,
„donde no vió sino algunas plumas
„caidas de las alas del páxaro de trán-
„sito. Durante su silencioso llanto , sa-
„lió de la vecina maleza la serpiente
„que domesticó el misionero , y fué
„á enroscarse en sus pies. Acarició
„y fomentó en su seno al antiguo a-
„migo que habia quedado solo en me-
„dio de estas ruinas. El hijo de Outa-
„lissi ha contado , que muchas veces
„al caer la noche vió en aquella so-
„ledad la sombra de Atala , y la del
„P. Aubry : visiones que le llenaron
„de un religioso espanto , y de una
„triste alegría. Despues de haber bus-
„cado inútilmente el sepulcro del er-
„mitaño , y hecho vanas tentativas pa-

„ra descubrir el de Atala , ya estaba
„pronto á abandonar estos lugares,
„quando la cierva de la gruta se pu-
„so á saltar en su presencia , y se de-
„tuvo al pie de la gran cruz de la
„mision , que se veia medio hundida
„en el agua : su madero estaba car-
„comido de musco , y el páxaró del
„desierto se entretenia meciéndose en
„sus antiguas ramas. Chactas se figu-
„ró , que la cierva agradecida lo con-
„ducia al sepulcro de su huésped , ca-
„vó debaxo de la piedra , que ántes
„servia de altar en el templo de los
„sacrificios , y encontró los restos de
„un hombre y de una muger. No du-
„dó que fuesen los del sacerdote y
„la vírgen , que habrian enterrado los
„ángeles. Sacólos de la tierra , los en-
„volvió en pieles de osos , y empre-
„dió otra vez el camino del desierto,
„llevando consigo estos preciosos des-
„pojos , que resonaban sobre sus hom-
„bros como la alhaja de la muerte.

„ Por la noche los colocaba debaxo de
„ su cabeza , y tenia seños de amor y
„ de virtud. Cargado de este dulce pe-
„ so llegó al pais de los Natches ; Ex-
„ trangero , tú puedes contemplar estos
„ huesos con los del mismo Chactas !”

Al concluir la india estas palabras, me levanté : y acercándome á aquellos preciosos restos , me arrodillé delante de ellos en silencio : en seguida alejándome con presurosos pasos exclamé : ¡ Así pasa sobre la tierra todo lo que es bueno , virtuoso y sensible ! Hombre , tú no ères mas que un sueño rápido , un desvarío doloroso ; no existes sino por la amargura de tu alma , y la eterna melancolía de tus pensamientos.

Estas reflexiones me ocuparon toda la noche á la orilla de la catarata , que contemplaba al resplandor de la luna. Al dia siguiente al rayar la aurora mis huéspedes me dexaron , para continuar su viage en la soledad. Los soldados jé-

venes abrian la marcha, y las esposas la cerraban: los primeros iban cargados de las preciosas reliquias, las segundas llevaban sus recién nacidos: los ancianos caminaban lentamente en el centro colocados entre sus abuelos y su posteridad; entre los que habian existido ya, y los que no existian aun; entre los recuerdos y la esperanza, entre la patria perdida y la patria futura. ¡Oh cuántas lágrimas turban la soledad quando se abandona así el pais nativo, y desde lo alto de la colina del desierto, se descubre por la postrera vez el techo en que fuimos alimentados, y el rio de nuestra cabaña, que continúa discurriendo tristemente por los solitarios campos de la patria!

¡Indios desafortunados, yo os he visto errantes por los desiertos del Nuevo mundo cargados con las cenizas de vuestros abuelos! ¡á vosotros que me habeis dado la hospitalidad á pesar de vuestra miseria! Hoy me seria imposi-

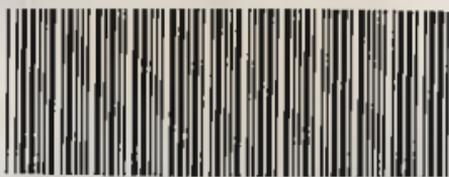
sible devolvérosla , porque tambien voy errante como vosotros á la merced de los hombres ; y ménos dichoso en mi destierro , ni aun he traído conmigo los huesos de mis padres.

ERRATAS.

	Pag.	Lin.	Dice.	Lee.
	1	5	contársele	contárseles
	16	12	escenas de	escenas de la
	4 y	otras	9 Sávanas	Savánas
	8	14	de la Francia	de Francia
	13	1	luna de flores	de las flores
	14	8	por Españoles	por los Españoles
	16	16	Areskouï	Areskui
	29	18	indiferente por todo	á todo
	37	12	pasar la tierra	en la tierra
	39	4	de la guerra	de la hoguera
	50	12	á su pesado	al pesado
	57	12	franqueza	frambuesa
	61	13	de repente	repente
	69	22	de lluvia	de tu lluvia
	70	12	responped	responded
	84	23	de misco	de musco
	99	18	me precipitó	precipito
	Ibid.	21	hirió á mis	hirió mis
	100	8	quedó	quedo
	103	23	al rigor	el rigor
	104	1 y 2	quisieren	quisieron
	105	7	la naturaleza	á la naturaleza
	110	13	á las de los	á los ojos de los
	Ibid.	22	habíase	se habia
	149	17	alegría	alegoría
	Ibid.	20	sus ramas	sus
	152	8	por un terrible	con un

x-94-003458-0

U
E
X



E 9400825157

Biblioteca de la Universidad de Extremadura